

EDICIONES
BISTAGNE



**UN YANQUY
EN LA CORTE DEL REY ARTURO**

WILL ROGERS
WILLIAM FARNUM

MIRNA LOY
M. O'SULLIVAN

UN YANQUI EN LA CORTE DEL REY ARTURO

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Un yanqui en la corte del rey Arturo

Divertidísimo asunto, hablado en español, por dobles, con
diálogo plagado de chistes que hacen soltar la carcajada.

Dirigido por DAVID BUTLER



Es un film FOX

(Oro de ley de la pantalla)

DISTRIBUIDO POR

HISPANO FOXFILM. S. A. E.

Calle Valencia, 280

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

REPARTO

<i>Hank</i>	WILL ROGERS
<i>El rey Arturo</i>	William Farnum
<i>Princesa Alisande</i>	Maureen O'Sullivan
<i>Clarence</i>	Frank Albertson
<i>La reina Morgan La Fe</i>	Myrna Loy

etc.

Un yanqui en la corte del rey Arturo

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

La tienda de aparatos de radio era al mismo tiempo estación emisora.

Hank, su dueño, como buen norteamericano, poseía el arte de la multiplicidad y estaba en todo.

Era la hora de la emisión nocturna, y el yanqui iba de la tienda a la trastienda, porque ésta era el recinto de transmisión y en aquélla estaba el dependiente arreglando las cuentas del día.

Terminó la emisión y Hank pudo dedicarse plenamente a los asuntos de la tienda.

—¿Ha habido mucho que apuntar hoy, muchacho?

—Desgraciadamente, poca cosa, míster Hank.

—¡Bueno, hombre! ¿Qué le vamos a hacer? La crisis es general y mi honor de comerciante se resentiría si no tomara parte en ella. Así, cuando los grandes financieros del mundo hablan o escriben sobre la crisis, me siento aludido. ¿Acaso hemos tenido pérdidas hoy?

—No, señor.

—¿Cómo se entiende?

—Hemos estado a punto de

perder, pero, a última hora, el teléfono nos ha salvado.

—¿El teléfono?

—Sí, señor. Acaban de telefonar del "Caserón" pidiendo una batería.

—¿Del "Caserón"?

—Sí, señor.

—En esa casa deben de estar locos. No pasa día sin que comprén algo. No sé dónde meterán tanto chisme.

—En esa casa todo es extraño. Hank sonrió burlonamente.

—¿También tú participas de la superstición del populacho? El "Caserón" no es más que un rasca-ciélos disfrazado de castillo medioeval.

—¿Disfrazado?

—Esa es la expresión. Se construyó cuando yo era un muchacho. Su caprichoso dueño, amante de las cosas antiguas, y en vista de que los castillos medioevales no pueden traerse de Europa como los cacharros y las armaduras, encargó a un arquitecto especializado en el estudio de lo clásico, la construcción de esa mole de piedra

sobre la que tantas cábalas hace la gente ignorante.

—Es que... la verdad...

—¡Bueno, bueno! No me cuentes lo que una noche vió el peluquero, porque esto lo sabe todo el mundo y es una tontería del calibre 42. Dime, ¿qué batería han comprado?

—Aquí la tengo empaquetada ya, porque dicen que la necesitan inmediatamente.

—¿Y qué esperas para llevarla?

—No espero nada, míster Hank. Es que... perdone, míster Hank...

—Ya sé lo que vas a decirme: que tienes miedo.

—La verdad, a estas horas... Si al menos hubiera luna...

—¡Calla, calla! ¡Que eso lo diga un hombre de veinte años!...

—Sentiría que usted se disgustara, míster Hank.

—¿Disgustarme? Pero ¿no estás viendo con las ganas que me río?

—Gracias, míster Hank.

—Sólo de pensar que podría or-

denarte que fueras te has puesto pálido como un cadáver.

—¡Por Dios, míster Hank! ¡No me nombre usted ahora los cadáveres!

—¡Calla, calla! Si continuas haciéndome reír, va a sentarme mal la cena. ¿Está preparado el auto?

—Sí, míster Hank.

—Pues venga acá la batería. Yo mismo la llevaré.

El dependiente le entregó el paquete y Hank salió de la tienda.

El auto era una camioneta cerrada, cubierta de rótulos y con una pequeña antena en la parte superior. Hank, como buen yanqui, profesaba una verdadera adoración al reclamo.

La camioneta se puso en marcha bajo la oscuridad de la noche. El campo era una gran mancha negra y Hank tuvo que dar toda la intensidad a los faros pues, de otro modo, habría metido el auto en una cuneta.

—Verdaderamente—pensó míster Hank—estos caminos no están para dar paseos nocturnos. No sé qué esperan para poner luces.

Y, apenas había nombrado la luz, un relámpago deslumbrador lo iluminó todo.

En seguida se oyó un trueno formidable.

Y, un par de segundos después, la lluvia comenzó a azotar el techo de la camioneta.

Hank se estremeció.

—¡Caramba!—dijo en voz alta—. Esto ya no me gusta tanto.

Nuevos relámpagos y nuevos truenos. Lo que en un principio fueron gruesas y espaciadas gotas de lluvia, se había convertido rápidamente en furioso diluvio.

Los baches de la carretera fueron inmediatamente depósitos de barro, y Hank se vió precisado a entablar una enconada lucha con los irritados elementos y el mal estado del camino.

Menos mal que el castillo no estaba muy lejos.

Hank acercó la camioneta a la puerta principal, cogió el paquete y salvó de un salto la distancia que mediaba entre el estribo y el portal.

II

No encontró en el férreo portón timbre ni nada que se le pareciera y tuvo que emplear la resistencia de sus puños para llamar.

Salió a abrirle un criado más serio y estirado que un poste. Hank le indicó el motivo de su visita y el servidor le hizo pasar.

—¡Sígame!—le dijo imperativamente.

Y Hank echó a andar detrás del criado.

Cruzaron el gran vestíbulo de paredes desnudas como murallas y cuyos formidables sillares aparecían manchados de humedad. Subieron escaleras, cruzaron corredores y estancias sombrías, decoradas y amuebladas con un cla-

sicismo que a Hank parecía fúnebre e inquietante.

Al llegar a un amplio corredor, cruzado por otros y lleno de puertas, de modo que sólo le faltaban las aceras para parecer una calle, se dió cuenta de que había perdido la pista del criado.

—Pues buena la he hecho—se dijo rascándose la cabeza—. Cualquiera da con el camino en este laberinto medioeval. Otra vez que tenga que entrar aquí, me traeré una brújula.

De pronto se abrió junto a él una puerta y salió una joven que al verle lanzó un grito de sorpresa.

Era una angelical muchacha de

ojos azules y cabellos negros que daba muestras de gran agitación.

Hank trató de tranquilizarla.

—No se asuste, señorita. Soy un modesto comerciante que vengo a traer una batería al dueño de esta casa.

—¡Oh!—exclamó la joven enlazando las manos con un gesto de desesperación—. Estoy en un tremendo apuro.

—Eso le pasa a cualquiera en estos tiempos de crisis.

—¡Es que usted puede hacerme un gran servicio!

—¿Yo?

—Sí.

—Estoy a sus órdenes.

—Ella se me quiere llevar. Si le pregunta por dónde he huído, despístela.

—Pero...

—No puedo entretenerme. Adiós y gracias.

Desapareció velozmente por una puerta del fondo del corredor.

Aun estaba Hank con la boca abierta cuando una de las armaduras que adornaban el pasillo echó a andar en dirección a él.

Esto ya no le hizo tanta gracia. Se dispuso a echar a correr, pero el hombre de hierro le alcanzó. Se echó la visera sobre el casco y entonces pudo advertir Hank que dentro de la armadura había un joven cuyo rostro daba muestras de agitación, como el de la muchacha que acababa de huir.

—¡Despístela! ¡Haganos este gran favor! Si no logramos huir tendremos que matarnos.

Y la armadura desapareció por la misma puerta que había franqueado la joven.

Hank se quedó estupefacto.

—O me he metido por equivocación en un manicomio—se dijo—o tiene razón la gente al decir que aquí pasan cosas raras.

Y, como si quisiera darle la razón, una mano se apoyó en su hombro haciéndole dar un salto más que regular.

Se volvió. Otra dama. Esta tenía unos ojos grises y muy rasgados y una boca de labios finos que sonreían de un modo siniestro.

Era bella, pero su belleza tenía más de inquietante que de seductor.

—Usted es mi hombre—le dijo mirándole por entre las pestañas.

—¿Yo? Por Dios, señora. Usted me confunde.

—No le confundo, no. Usted puede hacerme un favor inmenso.

Y le miraba a los ojos como si lo quisiera hinoptizar.

—Yo sólo entiendo de cosas de radio—dijo Hank evasivamente.

—Dígame: ¿ha visto a una joven de ojos azules?

Hank recordó la súplica que di-

cha joven acababa de hacerle y contestó:

—No he visto a nadie. Acabo de llegar.

Entonces la dama le miró fieramente.

—Si me engaña usted, se acordará de mí.

Y se fué por una puerta que no era precisamente la que habían franqueado los jóvenes en su huida.

III

Empezaba a reponerse de las impresiones recibidas cuando el criado, apareciendo de pronto, le preguntó con voz de trueno:

—¿Qué hace usted que no me sigue?

Hank dió un nuevo salto de doble altura que el anterior.

—¡Caramba! ¡Qué modo de avisar! ¿Tiene usted un amplificador en la boca?

—Tenga la bondad de seguir-

me, caballero—replicó el del vozarrón, impertérrito.

Hank se sintió dominado por aquella especie de Napoleón de la servidumbre y se fué tras él cuidando de no volver a perderle de vista.

El criado se detuvo de pronto, abrió una puerta y dijo:

—Pase usted.

Hank quedó estupefacto al penetrar en aquella estancia. Era bastante espaciosa y estaba abarrotada de aparatos de radio, cables, antenas y toda clase de materiales radiofónicos.

Sólo uno de los aparatos ocupaba todo un testero de la habitación, donde había también armaduras y otros objetos antiguos.

El dueño del castillo estaba entre la baraúnda radiofónica, conectando un receptor y desconectando otro, cazando esta onda y ahogando aquella, con un extraño afán reflejado en el rostro.

Sus ojos relampagueaban como si estuvieran iluminados interiormente. Era un hombre como de unos cincuenta años y vestía una elegante americana casera con ri-

betes de raso. Sobre su ancha frente, el cabello gris formaba desordenados anillos.

Al ver a Hank lanzó una exclamación de alegría.

—¿Es usted el de la radio?

—Sí, señor.

—¿Me trae usted la batería?

—Sí, señor.

—¡Oh, cuánto se lo agradezco!... ¡Pronto! Colóquela usted mismo.

—¿Dónde?

—Ahí—respondió el caballero, señalando el receptor al que quería aplicarla.

Hank se dispuso a cumplir la orden, pero en aquel preciso instante estalló un trueno formidable que lo inmovilizó a consecuencia del sobresalto.

El radiomaniático exclamó:

—¡Magnífico tiempo! ¿Verdad?

Hank le miró con extrañeza.

—Para el que esté metido en casa, bajo un potente juego de pararrayos, tal vez, pero para el que tiene que ir en auto por esos caminos de Dios...

El dueño del castillo se echó a reír.

—¡Oh! Usted no puede comprenderme. Haga el favor de colocar la batería.

Hank la colocó. Se había arrodillado ante el gigantesco receptor y no pudo menos de exclamar:

—¡Magnífico aparato! Con esto cogerá usted hasta China.

El caballero sonrió despreciativamente.

—¿China? Eso no es nada.

—¡Ah! ¿no?

—No.

—Pues yo creía que China es lo más lejano, la mayor distancia que puede recorrer una onda.

—¡Distancia, distancia!... ¿Qué importa eso?

—Pues ¿qué es lo que importa?

—El tiempo.

—¿El tiempo?

—Sí.

Hank miraba a su cliente con creciente extrañeza y él, interpretando aquella actitud, explicó:

—Usted sabe que el sonido es vibración ¿verdad?

—Eso dicen.

—Pues bien, yo tengo sobre eso ideas especiales, ideas nuevas que asombrarían al mundo.

—A mí ya me han asombrado.

—Eso no es nada. Oiga usted. Mi opinión es que toda onda sonora emitida está vibrando siempre en el éter. Yo poseo el receptor más sensible del mundo y creo que podré recoger ondas antiguas. Creo, por ejemplo, que podré recoger la voz de Lincoln hablando contra la esclavitud, la de Napoleón ante las pirámides...

—Y la de Cleopatra dando coba a Marco Antonio.

—También usted se ríe. No me sorprende. Todos los grandes inventos producen risas al principio. Ahí tiene usted el caso de Marconi...

Hank se levantó dando por terminada la colocación de la batería.

El caballero se abalanzó sobre el receptor y comenzó a cazar, a seleccionar y afinar ondas.

Estaba poseído de una vehemencia extraña. Hank le miraba con curiosidad.

De pronto, surgió del altavoz una voz potente que dijo:

—Estamos en la corte del rey Arturo, de Britania. Es el año de gracia 528.

El dueño del castillo gritó con delirante alegría:

—¡Ya lo tengo! ¡Ya lo tengo!... ¿Oye usted? ¡He cazado una onda de hace mil cuatrocientos años! ¡Atención! ¡Vamos a oír algo maravilloso!

Pero Hank no participaba de aquel entusiasmo.

—Preferiría oír una charla de García Sanchiz o una canción de Mojica.

—¡Silencio! ¡Silencio!

Hank miró a un lado y a otro buscando la salida. No le seducía permanecer a solas con el sabio investigador en un ambiente como aquel.

Pero, de pronto, una ráfaga de viento abrió violentamente la ventana. Una de sus hojas chocó violentamente con una armadura, y ésta cayó sobre la cabeza de Hank.

Fué un golpe ruidoso y tremendo que aturdió al comerciante y le hizo caer.

IV

Un pinchazo le hizo abrir los ojos y se quedó estupefacto al ver que el pinchazo provenía de una lanza y que ésta estaba sujeta por un individuo de negros bigotes, pe-

lo a la romana y traje completamente medioeval, que montaba un nervioso caballo.

—¡Sois cautivo de mi lanza!—bramó.

—¿Eh?

—¡Alzaos, miserable!

Y le buscaba las narices con la punta de la lanza.

—¡Oye, tú!—protestó Hank—. ¡Lleva cuidado con eso, que pincha!

El caballero se le quedó mirando con gesto de profunda extrañeza.

—De fijo viene del infierno quien habla de modo tan extraño.

—¿Del infierno? ¡Eh, amigo! Poco a poco. Soy vendedor de aparatos de radio y he ido en mi camioneta a ese castillo para entregar una batería.

Señalaba el castillo que se veía a espaldas del armado caballero.

—¿Batería?... ¿Camioneta?... ¿Estáis demente o queréis mofaros de mí?

—¿De qué guardarropía has sacado esa indumentaria carnavalesca?

—¡Callad y seguidme, monstruo maldito!

—¡Bueno, hombre, bueno! No te enfades... Anda, ve tú delante, que en seguida voy.

—Pasad ante mi caballo, si no

queréis que os ensarte con mi lanza.

Y como, al mismo tiempo, le dió un par de pinchazos, Hank se levantó de un brinco a la vez que exclamaba:

—¡Caramba! ¡Esto va de veras!

—Pasad. La punta de mi lanza os señalará el camino.

—¡Voy, hombre, voy!... Pero escucha... Un momento e iré donde tú quieras... Dime: ¿dónde me hallo?

El del caballo sonrió ferozmente.

—Estáis—repuso—en los dominios de Arturo, rey de Britania. Ese es su castillo.

—¡Caramba, qué casualidad! Ahora mismo me lo estaban diciendo por la radio. ¡Qué extraño es todo esto!

—¡Más extraño sois vos!

—Oye, melenudo. ¿Y tú qué pintas aquí?

—¡Yo no pinto, villano! Soy capitán de la guardia del rey Arturo y me llamo Sagramor.

—¡Atiza!

—¿Eh?

—Que es un nombre de opereta.

—¡Callad, monstruo inmundol

—¿Monstruo inundo? ¡Así te dieran morcilla!

—¡No os entiendo, fementido!

—Ni yo a ti.

—Pasad delante.

Y le dió un pinchazo que le hizo emprender la marcha a todo gas, en dirección al castillo.

El asombro de Hank iba en aumento al comprobar que, por dondequiera que pasara, hallaba muestras del ambiente medioeval.

Corriendo y perseguido por Sagramor, llegó al patio del castillo, donde acabó de convencerse de que no era una farsa su retroceso de mil cuatrocientos años.

Todos cuantos se hallaban en el patio iban vestidos con trajes de la época y, al verle, echaron a correr aterrados como si hubieran visto a un verdadero monstruo.

Aquel terror no era ficticio sino

tan real como el sol que les alumbraba.

Sagramor comenzó a lanzar gritos espantosos.

—¡A mí, soldados! ¡Pronto! ¡Apresad al cautivo!

Dos de los fugitivos se detuvieron y, con toda clase de precauciones y más asustados aún que el propio Hank, se acercaron a él apuntándole con las espadas y lo ataron bárbaramente.

—¡Encadenadlo!—ordenó Sagramor.

Los soldados se lo llevaron a rastras, sin prestar oídos a sus protestas y lo introdujeron en una mazmorra donde le colocaron una especie de collar de perro que pendía de una fuerte cadena sujeta a la pared. Inmediatamente le sujetaron los pies con dos argollas semejantes.

Por fin, se marcharon los soldados sin dejar de mirarle con una mezcla de curiosidad y de terror.

V

Entonces se dió cuenta Hank de que a su lado había un joven tan encadenado y fastidiado como él.

Y lo más sorprendente era que creía reconocer aquella cara.

La indumentaria y la melenita, puramente medioevales, le despidaban, pero, haciendo un esfuerzo de memoria, halló la solución.

—¡Sí, hombre, sí! ¡Tú eres el de la armadura! ¿Qué se ha hecho de tu novia? ¿La alcanzaste?

El joven le miraba confundido.

—No sé qué queréis decir, señor.

Hank se rascó la cabeza.

—Es lo único que me faltaba oír. O estoy loco yo o me he metido sin darme cuenta en un país

de locos... Oye, galán. ¿No recuerdas que estabas metido en una armadura y que pasó una joven huyendo y que tú te fuiste tras ella, después de suplicarme que despidiera a la dama de los ojos grises?

—No os he visto nunca, señor.

—¡Ah! ¿no? ¡Hombre, esto tiene la mar de gracia! ¡A que va a ser verdad que me encuentro en la corte del rey Arturo!

—En efecto, ésta es su corte.

—¿No lo dije? He dado un salto atrás de mil cuatrocientos años... ¡Bueno! ¡Ya veremos en qué para esto! Ahora dime, muchacho: ¿Quién eres y por qué estás aquí?

—Soy Clarence. Mi crimen es

no ser de noble cuna y amar a la princesa Alisande, hija del rey Arturo.

—¿Tiene los ojos azules?

—Sí.

—Entonces, no me cabe duda. Es la joven que pasó por allí cuando tú estabas dentro de la armadura.

—La han llevado presa de la reina Morgan la Fe, hermana del rey Arturo.

—Cada vez lo entiendo menos, pero, en fin, las cosas hay que tomarlas como vienen... Vamos a echar un pitillo. ¿Tú fumas?

—No comprendo.

—Lo mismo decía yo cuando era estudiante y no quería dar tabaco...

—¿Tabaco? No entiendo.

—Es natural. Han de pasar todavía cerca de mil años para que la gente empiece a fumar.

Y lió y encendió un cigarrillo aumentando el asombro de Clarence.

* * *

Durante la comida, a la que asistía toda la corte del rey Ar-

turo, éste preguntó al capitán de su guardia:

—Di el motivo de tu larga ausencia, Sagramor.

El capitán, que engullía a dos carrillos, devorando un cabrito entero, dejó el animal sobre la mesa.

—Voy a referiros, Majestad, mi aventura con el más horrible monstruo en forma de hombre que ha pisado la tierra.

—¿Un monstruo, dices?

—Monstruo o demonio con gran poder mágico.

Entonces el famoso mago Merlín, que estaba siempre al lado del rey, exclamó con furiosa envidia:

—¿Poder mágico? ¡Qué sabes tú lo que es eso!

—Ya lo veredes, Merlín.

—¡Digo que no tiene magia!

E introduciendo los dedos en una bolsa llena de polvos que llevaba siempre colgando de la cintura, espolvoreó la mesa y dijo:

—El mago Merlín anula todas las magias en esta corte.

Entretanto, continuaba el diálogo entre Hank y su compañero de prisión.

—¿Y qué puesto ocupas tú en esta corte?

—Soy paje.

—¿Paje? Ya sé lo que significa eso. Lo he visto en muchas obras teatrales. Por cierto que me extraña que no hables en verso.

—¿Y qué es eso?

—¡Caray! No sé cómo explicártelo. Imagínate que te pones a escribir y pasas de un renglón a otro sin esperar el punto y aparte. Eso es escribir en verso.

—Habláis de un modo asaz extraño.

—¡Pues mira que tú!... Pero, en fin: con buena voluntad creo que nos entenderemos. Fíjate que nos separan mil cuatrocientos años. ¡Ahí es nada! ¡Catorce siglos!... ¡Hombre, a propósito! De esa época es un antepasado mío que se llamaba Sir Roger de Claramor. ¿Has oído hablar de él, ya que es de tu generación?

—Claramor es provincia de Britania. Pero no tiene lord ni oí nunca hablar de un señor de ese nombre.

—¡Qué le vamos a hacer! No creas que tengo un interés muy

grande. Es que mi abuelita, la pobre, tenía la manía genealógica y se pasaba la vida buscando antepasados. Después de complicadas y largas investigaciones se enteró de que una de las raíces de nuestra familia partía de la corte del rey Arturo y que el antepasado se llamaba Sir Roger de Claramor. Y ¡claro! puesto que estoy aquí, me gustaría conocerlo.

La conversación fué interrumpida por la llegada de dos soldados que, de improviso, se abalanzaron sobre Hank. Uno de ellos le sujetó fuertemente mientras el otro desprendía las cadenas de la pared.

—¡Eh, eh!—protestó Hank—. ¡Cuidado con las uñas!

—¡Calla, dragón maldito!

—Pero ¿adónde me vais a llevar?

—El rey Arturo quiere ver tu monstruosa presencia.

—¡Ay, mi madre! ¡A este tío le salto yo un ojo!

Pero, aun no había terminado esta frase, cuando se sintió golpeado y empujado hacia la puerta.

Habían dejado las cadenas col-

gando de su cuerpo y, como Hank se resistiera a dejarse conducir con tanta desconsideración por los soldados, éstos le arrojaron al sue-

lo, se apoderaron de las cadenas que estaban sujetas a los tobillos del prisionero y lo llevaron a ras-tras hasta el comedor real.

VI

Todos lanzaron un grito de asombro al verle.

—No ha mentido Sagramor—comentó Merlín—. Es un demonio en forma humana.

—¡Un monstruo horrible!—confirmó el rey.

Y Sagramor declaró jactanciosamente:

—Pues a esta fiera horripilante perseguí yo durante cuarenta días y cuarenta noches, sin miedo a su magia.

—Bravo eres si tal hiciste—repuso el monarca.

—Se dió a la fuga después de rudo combate—añadió con cachazudo cinismo Sagramor—y trepó a un árbol, pero yo apeéme de la cabalgadura, apoderéme de una piedra, que más que piedra era pedrusco, y lo abatí al primer golpe.

—¡Oh!—exclamó el rey con admiración.

Y todos los presentes repitieron:

—¡Oh!

Hank estaba estupefacto.

—¡Vaya un tío embustero!— exclamó—. ¡Pido la palabra!

Todos se le quedaron mirando con cierta inquietud. Hank explicó:

—He pedido la palabra porque me parece estar ante una reunión de senadores disfrazados.

—¿Cenadores? No cenamos, sino comemos, que es pleno día.

La rectificación procedía del monarca, en el cual, al mirarle ahora con detenimiento, creyó Hank reconocer al dueño del castillo adonde había llevado la batería. Sólo se diferenciaban en que el rey llevaba barba y su cliente no, aparte, naturalmente, la diversidad de indumentaria.

—No te enfades, reyecito—repuso Hank, decidido a no preocuparse más de aquella enloquecedora situación que le presentaba confundido el siglo VI con el XX—. No he dicho cenadores sino senadores, que no es lo mismo. Cenador es el que cena y senador es el que duerme, mejor dicho, el que duerme cuando no debe dormir. Y

ahora vamos con las mentiras de este tío fresco.

Al decir esto había señalado a Sagramor, el cual, presumiendo que le habían insultado, protestó, descargó un tremendo puñetazo sobre la mesa, al mismo tiempo que el rey, con creciente inquietud, exclamaba:

—¡Sella tu boca, hidra, que tu fabla no es para oída por el hombre! Sólo quiero saber si, como hijo del infierno, posees algún poder mágico.

—Oye, rey: yo no soy hijo del infierno, sino un hombre vulgar que ha vivido, vive o vivirá—que en esto de las épocas me he armado un lío de mil demonios—en un tiempo que hace indispensable la magia para vivir, porque hay que ver lo que es tener que colocar aparatos de radio habiendo más vendedores que clientes. De modo que acaso os pudiera presentar algunos trucos que os dejarían con la boca abierta.

Merlín, que cada vez se mostraba más aterrado ante la posible competencia del "monstruo", protestó vivamente.

—¡No tienes magia! No hay magia donde esté el mago Merlín, porque la suya destruye todas las demás.

Y añadió dirigiéndose al rey:

—No le creáis, señor. Lo dice para salvar la vida.

Estas palabras representaron una horripilante revelación para Hank.

—¿Salvar la vida?—exclamó—. ¿Es que si no tengo magia me vais a...?

—Si no eres mago, morirás en la hoguera—dijo el rey sin dejarle acabar.

—¡Pues sí que es un porvenir!

—¡Pronto!—rugió el monarca—. Demuestra tu poder mágico si no quieres morir ahora mismo por impostor.

Hank se rascó la nuca. "¡Pues vaya un fregado en que me han metido estas máscaras!—pensó—. Estos se creen que hacer magia es como hacer pastillas para la tos."

De pronto, su semblante fué iluminado por una ráfaga de alegría. Acababa de tener una magnífica idea para dar el gran camelo mágico a aquella gente.

—¡Pruébalo sin más tardar!—dijo el rey amenazadoramente.

—¡Que lo pruebe! ¡Que lo pruebe!—rugieron los comensales, sedientos de emociones.

Y Merlín, por no ser menos, se sumó a la voluntad general, al mismo tiempo que echaba polvos a puñados.

—¡Calma, señores, calma!—dijo Hank imitando el gesto de los oradores cuando los oyentes le increpan—. Os voy a demostrar que puedo hacer lo que vosotros no haríais ni siquiera en sueños.

Restablecido el silencio, se llevó la mano al bolsillo de la americana y sacó el encendedor.

—¿Veis esto?—dijo mostrándolo a la asamblea—. Pues bien, voy a hacer que de aquí brote el fuego en un abrir y cerrar de ojos.

Adoptó una actitud espectacular y pronunció estas palabras mirando fijamente al encendedor:

—¡New-York, Sevilla, Zamora, fútbol, catapún, chinchín!

Después movió con el pulgar la ruedecilla y la llama surgió de la mecha.

Un grito de asombro brotó de todos los labios.

—¡Fuego, fuego!

Sagramor se estremeció y el rey tragó saliva.

Hank sonreía orgullosamente en medio del comedor y miraba al rey como diciéndole: "¡Toma del frasco!"

Merlín comprendió que estaba en ridículo y salió en defensa de su propia fama.

—Juego de niños es, señor, y no magia.

—¿Acaso puedes hacerlo tú, Merlín?—preguntó el rey.

—Me será muy fácil, señor.

Hank apretó la piedra rodando el tornillo tanto como pudo e invitó a Merlín:

—Prueba. Doble contra sencillo a que no sacas de aquí ni siquiera una chispa.

Merlín le arrebató el encendedor, arrojó sobre él casi media libra de polvos e imitó el movimiento que había visto hacer al "monstruo" con el pulgar.

Pero la ruedecilla no funcionaba, a causa de la presión de la piedra, y el fuego no brotó.

Merlín, furioso, arrojó el encendedor al suelo y corrió al lado del rey.

—Señor—dijo—, posee un gran poder de magia infernal. Puede atraer sobre tu reino todas las desdichas.

La barba del rey tembló ligeramente.

—Combate su magia, Merlín. Sobre ti caerá la culpa de lo que pueda ocurrir.

La barba que ahora tembló fue la de Merlín, el cual quedó profundamente pensativo. Y sólo encontró una solución para el problema.

—Sólo un medio hay, señor, para luchar con los poderes satánicos.

—¿Cuál?

—Destruir. Mata al monstruo, destruye su vida y el peligro de su poder habrá terminado.

Hank oyó la proposición con el natural desagrado.

—No le hagas caso, rey. Está furioso porque no ha podido hacer lo que yo. Si quieres creerme...

Pero el monarca, que creía cie-

gamente en su mago oficial, le interrumpió:

—¡Silencio!

Y añadió solemnemente:

—Yo, el rey, te condeno a morir en la hoguera mañana al mediodía.

De todos los presentes salió un

rugido de entusiasmo ante el espectáculo que se les preparaba.

Hank protestó con la natural viveza, pero se quedó ronco sin que nadie le hiciera caso.

Y, a una orden del rey, los soldados lo condujeron de nuevo a la prisión.

VII

—¡Buena la hemos hecho!—exclamó cuando los soldados que le habían puesto el collar salieron de la mazmorra.

—Parecéis abrumado de pesadumbre—comentó Clarence.

—A ver quién no lo está con la perspectiva de convertirse en un bisté a la parrilla.

Clarence se quedó como si Hank hubiera hablado en chino y el comerciante añadió en el mismo tono de amargura:

—¡Si al menos tuviera la suerte de encontrar a mi antecesor sir Roger de Claramor!... Creo que ahora me serviría de mucho. Pero siempre pasa lo mismo. Cuando

uno necesita a los parientes es cuando no los encuentra.

—¿Qué os ha dicho el rey?

—¡Pues casi nada! ¡Una tonte-
ría! Que mañana me quemarán
vivo.

—¡Dios mío!—exclamó el jo-
ven—. También yo iré a la hogue-
ra. Sólo esperaban encontrarme
compañía.

—¡Ah! ¿Sí? Por lo visto aquí
ya no producen sensación los achi-
charramientos sencillos y los nece-
sitán dobles. ¡Así les dieran mor-
cilla!

—¿Qué decís?

—Nada, nada. Tú no puedes
comprender lo que es morcilla.

—¿Algún veneno, acaso?

—Algo de eso hay. Pero ya te
lo explicaré otro día. Ahora sólo
debemos de preocuparnos del mo-
do de salir de ésta con vida. Tene-
mos veinticuatro horas para pen-
sar.

Empezó a cavilar, y, de súbito,
exclamó:

—¡Caramba, mi seguro! ¿Qué
voy a hacer ahora con él?

—¿Seguro? No entiendo.

—Es natural. Si llevaras varios

años pagando la prima como yo,
otra cosa sería.

—¿La prima?

—Que en este caso se convierte
en primada, porque después de ha-
ber pagado religiosamente, mori-
ré sin que nadie se entere y la com-
pañía no abonará ni un céntimo.

Volvió a sumirse en sus amar-
gas meditaciones.

—No sé si dará algún resultado
—dijo de pronto—, pero lo voy a
hacer. Escribiré una nota y vere-
mos cómo me las arreglo para ha-
cer que la arrojen al mar dentro
de una botella. Tal vez con el
tiempo, cuando Cristóbal Colón
vaya a descubrir América, la en-
cuentre... Pero, ante todo, escri-
bamos la nota.

Después de registrarse todos los
bolsillos se encontró con que no te-
nía más papel que las páginas de
anotaciones de un almanaque de
bolsillo y se dispuso a escribir en
una de ellas con el propósito de
arrancarla después.

Al poner la fecha se encontró
en un conflicto.

—¡Cualquiera sabe qué día es
hoy!

—Yo lo sé—repuso Clarence—.
20 de junio del año del Señor 528.

Al escribir la fecha sus ojos que-
daron como prendidos en el rever-
so de la hoja anterior, donde se
leía una lista impresa de los eclip-
ses de sol ocurridos en el mundo
desde tiempos inmemoriales.

Y he aquí que una de las líneas
decía:

*21 de junio del año 528, eclipse
total a las doce del día.*

Después de leer y releer estas
palabras, lanzó un grito de ale-
gría, al mismo tiempo que estre-
chaba efusivamente la mano del
joven.

—¡Estamos salvados, amigui-
to!

—¿Qué decís?

—Que como aquí no haya al-
guna errata de imprenta ya no nos
queman... Mira. ¿Ves lo que dice
aquí? Que el día 21 de junio del
528, o sea mañana, habrá un eclip-
se de sol. Si esto ocurre antes de
que nos lleven a la hoguera, nos
vamos a reír un rato.

Clarence no entendía ni jota. Y
como pidiera explicaciones, Hank
le contestó:

—Mira, hay cosas inexplicables
y ésta es una de ellas. Me volvería
loco si tuviera que averiguar por
qué una cosa que ha ocurrido hace
mil cuatrocientos años va a ocurrir
mañana. Pero el caso es que hay
una esperanza de salvación. ¡Un
poquito de suerte y mañana no
nos queman!

Sagramor, que iba a hacer a los
prisioneros una visita, se quedó
muy sorprendido al ver la alegría
de que Hank daba muestras.

—¿Qué nueva perversidad estás
tramando?—le preguntó.

—Ya lo sabrás mañana, si tu
rey y señor no cambia de idea res-
pecto al achicharramiento.

—¿Te burlas de mí, villano?

—Nunca he hablado tan en se-
rio, cazador de monstruos.

—Más serio estarás mañana
cuando las llamas te devoren.

—¡Hombre, a propósito! Ya
que hablas de las llamas voy a dar-
te un encarguito para el rey Artu-
ro. Dile de mi parte que si intenta
quemarnos a éste y a mí, taparé
el sol y su reino quedará sumido
en las tinieblas.

Sagramor tuvo un movimiento de inquietud.

—¿Eso intentas hacer?

—Mañana, al mediodía, como no me hayan puesto aún en libertad, pronunciaré unas cuantas palabras y la maldición yanqui caerá sobre este reino.

—Esas necedades sólo risa me producen—repuso Sagramor al mismo tiempo que se marchaba.

Pero era lo cierto que estaba muy lejos de sentir deseos de reír.

En seguida se dirigió al comedor, donde el rey Arturo no había saciado aún su voracidad y, con una evidente falta de serenidad, le dijo:

—Majestad: el monstruo ha lanzado una feroz amenaza.

El rey, que por lo visto tenía la costumbre de comerse las aves con huesos y todo, sintió como si un trozo de espinazo se le cruzara en la garganta.

—¿Eh?

Se tragó el hueso y añadió:

—Habla presto. ¿Cuál es la amenaza?

—La de invocar contra tu reino la yanqui maldición.

—¡Horror! ¿Yanqui dices? A buen seguro que es espantosa a más de incomprendible.

—Quiere decir, señor, que velará el sol y dejará tu reino sumido en eterna noche.

—¡Voto al diablo! ¡Ese mago infernal ha interrumpido mi tranquilidad y mi digestión! ¿Crees que podrá cumplirlo, Sagramor?

—Ha lanzado la amenaza con siniestra sonrisa. Mucho me temo que, desde mañana, no volveremos a ver el sol.

—¿Desde mañana?

—Así ha dicho. Mañana, mediado el día, ocultará el sol.

El rey descargó un furioso puñetazo sobre un pollo que quedaba en la fuente y Sagramor aprovechó la ocasión para arrancar un trozo de pechuga que había quedado colgando a consecuencia del aplastamiento.

Merlín trató de tranquilizar al monarca.

—No temáis, señor. Nadie puede cumplir tan grande magia.

—¿Que no?—contestó el rey, cuyo pánico y cuya furia crecían por momentos—. ¿No he visto yo

surgir el fuego de la nada en manos de ese hermano de Satán?

—Una cosa es una llamita y otra esa enorme caldera que rueda por el cielo.

—¡Calla, insensato! No puedo creerte. El sacó el fuego de donde tú no lo pudiste sacar. Su magia aplasta la tuya. Si en este duro trance no me defiendes, irás tú a la hoguera con él.

A Merlín le hizo maldita la gracia esta regia declaración. Menos mal que, cuando se trataba de jeringar al prójimo, tenía mucho ingenio y halló en seguida la idea salvadora.

—¿Eso harías, señor, con quien de tantos trances amargos te ha salvado?

—Es que éste, ¡pardiez!, vale por todos.

—Pues bien, también de éste te va a salvar Merlín.

—¿Qué dices?

—Digo que lo que dije queda dicho. Y más diré puesto que dices qué digo y eso a decir equivale que quieres diga más de lo que acabo de decir.

El rey le miró como preguntándose si el mago le tomaba el pelo y Merlín concretó:

—¿Dice que mañana, al mediodía, ocultará el sol? Pues bien, eso tiene un remedio. Adelanta tu sentencia y quémale ahora mismo.

El monarca tuvo un gesto en que se mezclaban la alegría y el asombro.

—¡A fe que tu idea es atinada! La cumpliré al instante.

Y ordenó a Sagramor:

—Proclama por todo el castillo lo que decidido queda.

Se sentó para continuar su lucha con el real menú y Merlín echó un par de puñados de polvos.

VIII

—No necesito consultar el reloj para saber que son alrededor de las doce. Tengo un apetito más que regular.

Y Hank se acariciaba el estómago como si quisiera tranquilizarle.

—Mediodía debe de ser—convino Clarence—, puesto que a esa hora pone el rey fin a su diario banquete.

Entró Sagramor muy sonriente.

—¿Qué hay, domador de tigres? — le preguntó Hank—. ¿Has hablado con tu señor?

—Y a fe que la charla ha sido divertida. Rendido estoy a fuerza de reír.

—Mañana nos reiremos todos.

—¿Mantienes tu propósito de invocar la maldición yanqui?

—Lo mantengo, rico.

—¿Y ocultarás el sol al mediodía?

—Tú lo has dicho. ¡Y poco que voy a reírme cuando vea temblar de miedo tus bigotes!

—Para eso habrá de salir tu risa de tus propias cenizas.

Hank se quedó de piedra.

—¿Qué quieres decir?

—Que el rey ha ordenado tu muerte inmediata para burlar tu magia infernal.

—¿Y me van a quemar hoy mismo?

—Agora mesmo.

UN YANQUI EN LA CORTE DEL REY ARTURO

Y Sagramor se marchó, riendo ferozmente.

Hank estaba pálido.

—Si lo llego a saber no digo nada.

—¡Sólo siento que no pueda verla antes de morir!—exclamó Clarence.

En seguida entró Merlín al frente de cuatro soldados, y después de esparcir por el recinto la magia de sus polvos, ordenó:

—A la pira con ellos.

Los soldados los trasladaron al patio del castillo, donde todo estaba dispuesto para el espectáculo.

Una multitud ávida de emociones rodeaba el montón de leña en cuyo centro se elevaba un poste vertical al que fueron atados los reos.

No lejos de la pira estaba la regia tribuna, es decir, lo que en las plazas de toros viene a ser el palco presidencial.

Hank había perdido toda esperanza de salvación y así lo manifestó a Clarence.

—Estamos perdidos, compañero.

—Ha llegado nuestra última hora.

—Que es, por cierto, una hora sumamente intempestiva.

Y dirigió al sol, que lucía espléndidamente en el cielo, una triste mirada.

—Si hoy fuera día 21 en vez de 20 vería esta gentecita con quién se juega los cuartos...

Y quedó estupefacto al oír esta respuesta:

—Hoy es día 21, sir.

El que así había hablado era uno de los hombres que añadían nuevos manojos de leña al montón.

Hank le preguntó con voz trémula:

—¿Estás seguro?

—No puedo equivocarme, sir, porque hoy es mi cumpleaños.

El comerciante creyó que iba a desvanecerse a consecuencia de la emoción.

—¿Qué os sucede?—le preguntó Clarence al verlo empalidecer.

—¡Que el eclipse es hoy y no mañana!

—¿Y qué es eso?

—Ya te lo explicaré en momen-

to más oportuno. Ahora dime: ¿cuánto falta para que el sol llegue a lo más alto de su ruta?

—Antes de contar cinco veces ciento habrá llegado—calculó Clarence.

En este momento se oyó una voz que anunció al monarca y el rey Arturo apareció en la tribuna.

Todos los espectadores se inclinaron reverentemente y Sagramor, que sin duda tenía prisa por presenciar el achicharramiento, dió orden de que se encendiera el *hornillo*.

Hank miró al cielo con impaciencia y vió que el disco lunar estaba ya casi tocando el del sol.

Pero ya el encargado de encender la hoguera se acercaba con la llameante antorcha. Hank tuvo una rápida inspiración. Encendió un puro y arrojó el humo a la faz del incendiario, el cual retrocedió lanzando un grito de terror que coreó la multitud.

—¡Arroja nubes por la boca! ¡El fuego está en sus entrañas!

Estos y otros gritos de horror semejantes surgieron de los labios de aquella gente que no tenía la

menor idea de lo que era fumar.

El rey comenzaba a dar muestras de inquietud, y Merlín, que tenía tanta prisa como Sagramor en poner fin a la vida de Hank, se apoderó de la antorcha para substituir al amedrentado incendiario.

Pero el fumador dió al puro una formidable chupada y arrojó todo el humo a los ojos del mago produciéndole ese dolor momentáneo pero vivo que todos los fumadores conocemos.

Merlín lanzó un grito de angustia y arrojó la antorcha mientras Hank respiraba al comprobar que iba a comenzar el eclipse y que había llegado a tiempo para poner en práctica su ingenioso plan.

Volviéndose al rey, gritó:

—Si no mandas inmediatamente que nos pongan en libertad invocaré contra ti la yanqui maldición.

—¿Y sumirás mi reino en eterna noche?—inquirió el rey con visible agitación.

—¡Ahora mismo!

—¿Qué dices tú, Merlín?

—Que no puede hacerlo, señor.

—¿Que no puedo hacerlo?—re-

plicó Hank mirando el sol de reojo—. Pues ahora verás, mentecato.

Levantó los brazos al cielo y comenzó a vomitar incoherencias.

—Ley seca, desarme, torre Eiffel, cinematógrafo.

Y no paró hasta que la sombra comenzó a caer sobre el patio.

Otra serie de camelos y dió tiempo a que el eclipse llegara a su totalidad.

En el patio del castillo se produjo una algarabía indescriptible. Unos echaron a correr aterrados; otros cayeron de rodillas pidiendo al mago clemencia. Sagramor fué de los primeros y el rey de los segundos.

El monarca mandó que soltaran a los reos inmediatamente y después pidió a Hank con voz sollozante:

—¡Oh, mago de los magos! Mírame humillado a tus plantas en demanda de perdón. Haz que el sol vuelva a lucir y tendrás la mitad de mi reino.

—¡Bueno, hombre, bueno! No te pongas así. Dificilillo es lo que me pides, pero lo intentaré.

Estuvo hablando en este tono hasta que por un lado de la luna comenzó a aparecer el sol y entonces elevó nuevamente los brazos al cielo y lanzó otra serie de camelos en los que se mezclaban los nombres de Uzcudun, de Dempsey, de Kellog y de Aristides Briand.

Y el sol acabó por inundar el patio del castillo siendo acogido con grandes muestras de júbilo por todos los presentes.

—¡Súbditos de mi reino!—dijo el rey con voz campanuda—. ¡Habéis presenciado el más grandioso milagro de la historia! ¡Reciba el mago mi gratitud con un título de nobleza!

Y preguntó a Hank:

—¿Qué título deseas?

—Un momento, rey—contestó el yanqui—. Ante todo deseo que este joven, Clarence, tenga la vida garantizada para siempre. Lo necesito para que sea mi ayudante.

—Hecho queda. Ahora dí: ¿qué título quieres?

—Eso es lo de menos, rey. Tú dame autoridad para hacer y des-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

hacer y para que nadie más que tú tenga ascendiente sobre mí y ya verás qué cosas hago.

—Bien. Arrodíllate ante mí.

Hank se arrodilló y el rey desvainó la espada.

—¡Cuidado, rey, que eso corta!—advirtió Hank.

—No temáis—aclaró Clarence—. Es la ceremonia del nombramiento.

—Si es así no he dicho nada.

El rey apoyó la espada sobre la cabeza de Hank y dijo solemnemente:

—Desde hoy tu nombre será sir Bos y tendrás la misma autoridad que mi primer ministro.

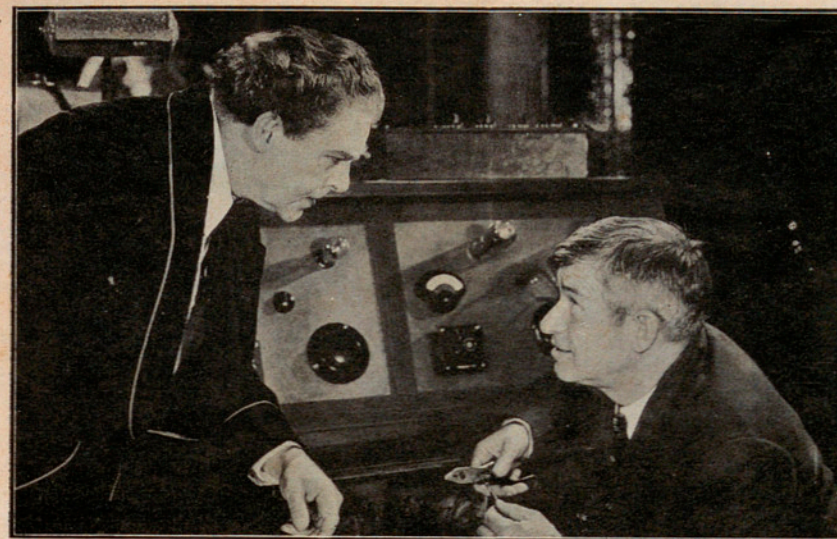
La multitud que llenaba el patio prorrumpió en gritos de júbilo. Buena falta hacía la alegría a aquellos espíritus en los que aun quedaban huellas del reciente pánico.

IX

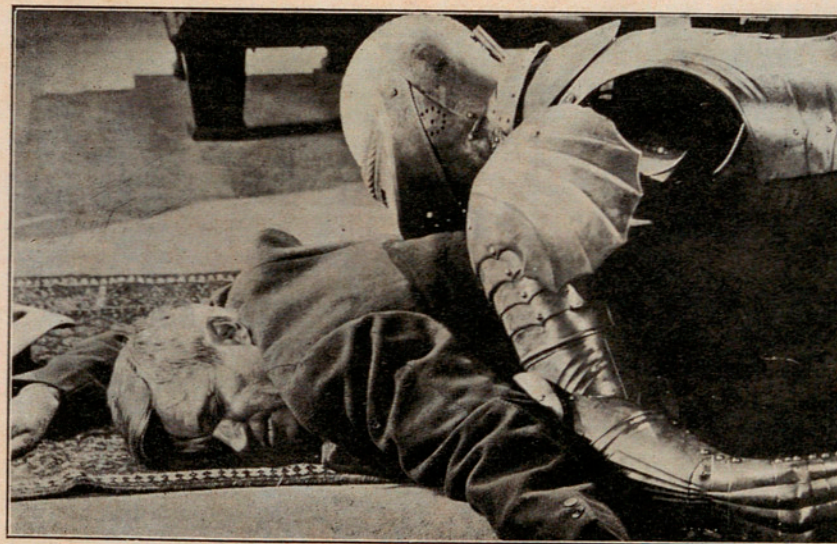
Vestido al estilo de la época, pero con una negligencia muy yanqui del siglo veinte, ante una magnífica mesa de escritorio que se había hecho construir, Hank dictaba a su mecanógrafa una nota en la

que se rogaba la busca de Sir Roger de Claramor.

Genoveva, la inteligente secretaria que había aprendido la taquigrafía en muy poco tiempo, gracias a su tenacidad y la de



—Con esto cogerá usted hasta China.



Fué un golpe ruidoso y tremendo que aturdió al comerciante y le hizo caer.



... le colocaron una especie de collar de perro...



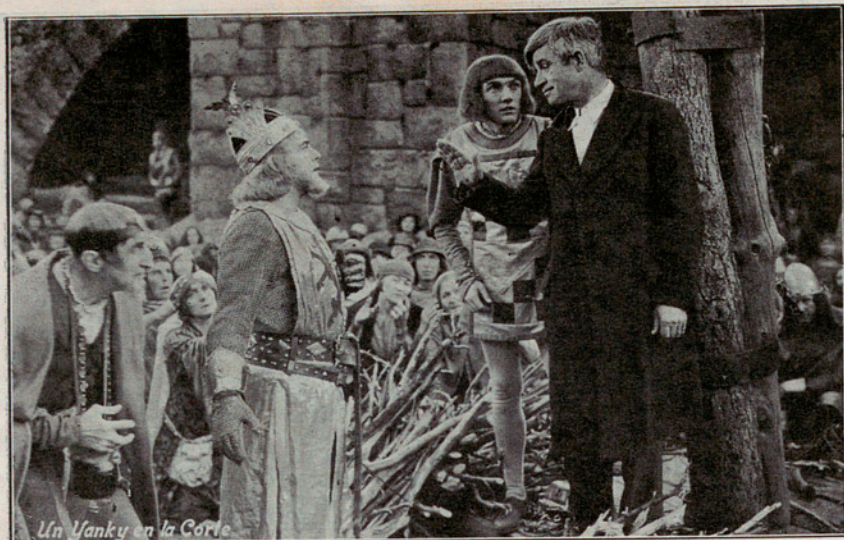
— ¿Qué nueva perversidad estás tramando?



— No tienes magia.



— Ley seca, desarme, torre Eiffel, cinematógrafo...



Un Yanky en la Corte

— Dificilillo es lo que me pides, pero lo intentaré.



Yanky en la Corte
Paul Ross - G. L. J.

— ¿Y qué es eso, sir Boss?



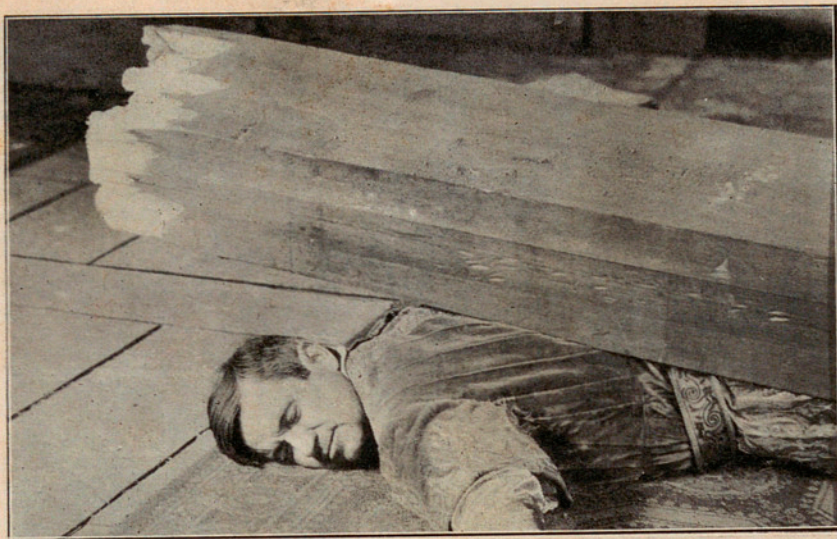
Un Yanky en la Corte

... y le llevó a rastras por toda la liza...

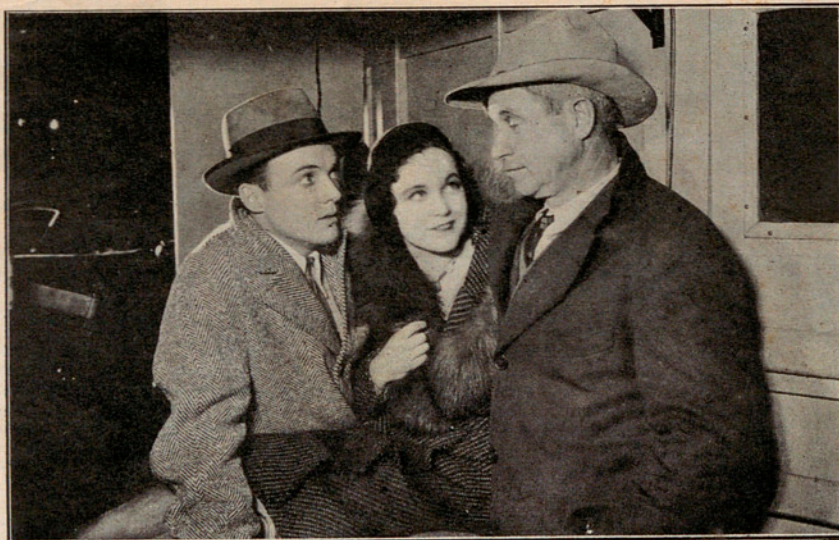


Yanky en la Corte
Paul Ross - G. L. J.

— Tu victoria ha sido magnífica.



Una formidable columna cayó sobre la cabeza de Hank.



— Es asombroso lo que me ha pasado.

UN YANQUI EN LA CORTE DEL REY ARTURO

Hank, que había sido su maestro, tomó la nota con gran soltura, sentada al otro lado de la mesa.

Sir Bos no había conseguido introducir ninguna modificación en la indumentaria de aquellas gentes, a pesar de los discursos higiénicos que les había dirigido, alabando la falda corta y el traje de americana. Por eso ofrecía singular contraste aquella joven que escribía taquigráficamente y conservaba sobre la cabeza el cucurucho medioeval.

—Ya está—dijo Genoveva escribiendo la última palabra.

—Perfectamente, joven. Ahora haga unas cuantas copias y envíelas a todas las personalidades del reino excepto al rey. Yo me he empeñado en encontrar a mi antepasado y he de dar con él a menos que se lo haya tragado la tierra.

—¿Nada más, sir Bos?—preguntó la secretaria levantándose.

—Nada más... ¡Ah, sí!... Pronto podré ofrecerle unos cuantos "chiclets". Eso es muy propio de las mecanógrafas allá en América. Será cosa de verla a usted mastizando goma con la cabeza metida

en ese gorro de astrónomo... Vaya, vaya a poner a máquina lo que le he dictado.

Sir Bos descolgó el transmisor del teléfono y pidió comunicación con una de sus fábricas.

El teléfono era otra de las novedades que había introducido en la corte del rey Arturo. En la central, una legión de telefonistas vestidas de aquel modo medioeval que tan grotesco parecía a sir Bos, se desenvolvían perfectamente gracias a las lecciones que del propio Hank habían recibido.

Después de telefonar, el yanqui se dirigió a la última de las fábricas que había montado. Se construía en ella esos materiales de diversas formas y tamaños que se ven en los cuartos de baño completo.

Al salir del castillo se dió de manos a boca con el monarca y le invitó a que le acompañase.

El rey, que no negaba nada a sir Bos, fué a visitar la nueva fábrica y una vez más se quedó estupefacto ante las maravillas que Hank creaba diariamente.

Las potentes máquinas funcio-

naban con estruendo. Un ejército de obreros, bien aleccionados por Hank, que adoptaba para tales trabajos el sistema Ford, se movían incesantemente de un lado a otro, y por delante del rey, en procesión interminable, pasaban los materiales contruídos, a hombros de robustos trabajadores.

El rey había visto ya maquinarias contruídas y montadas bajo la dirección de Hank para la fabricación de los materiales telefónicos y de las piezas necesarias para montar las máquinas de escribir y demás adelantos científicos que, con el consiguiente asombro del pueblo, había ido introduciendo Hank en el reino de Arturo de Britania.

Pero aquellas máquinas que ahora veía, eran aún más potentes y perfectas.

El monarca estaba boquiabierto.

—Todo esto es maravilloso, sir Bos—exclamó el rey.

Hank sonrió y repuso, guiñando un ojo:

—Pues todavía son mucho más

maravillosas otras máquinas que funcionan en secreto.

—¿En secreto?

—Sí. No quiero decirte nada hasta que haya contruido material abundante. Te reservo esta gran sorpresa.

—¿Puede haber más grandes maravillas que estas que estoy viendo?

—Esto no es nada, rey, comparado con lo que verás algún día.

—El pueblo siente hacia ti una temerosa admiración. Dice la gente que para tu poder no hay nada imposible. Realmente, sir Bos, quien puede llevar la voz a largas distancias, por dentro de un delgado hilo, es capaz de todo.

—Pues ya te digo, rey, que esto no es nada comparado con lo que verás el día que yo me suelte el pelo.

Entró Merlín en este momento. Iba en busca del rey para anunciarle que todo estaba listo para cierta ceremonia.

Al ver las potentes y ruidosas máquinas, introdujo la mano en la bolsa de polvos y derramó buena parte de ellos.

—Oye tú, mago de guardarropía—le increpó sir Bos—. Esos polvos guárdalos para tus pulgas, que mis fábricas no los necesitan.

Merlín le lanzó algunas imperitencias medioevales y el rey intervino para poner paz entre ambos.

En este momento pasaban ante ellos seis hombres llevando a hombros una tina y el monarca preguntó a sir Bos.

—¿Para qué es ese gran recipiente?

—Eso es para tomar el baño, rey.

Pasaron después otros obreros transportando lavabos, y otros que eran portadores de esos objetos de forma casi circular que se combinan con una cadena y un depósito de agua.

—¿Y qué es eso, sir Bos?

Hank se rascó la cabeza. Después explicó al oído del rey la utilidad de aquel objeto y el monarca lanzó una carcajada.

—¡Hasta para eso eres mago, sir Bos!

Después pasaron a un departamento donde se engrasaban las ar-

maduras y se afilaban las lanzas. El monarca iba de asombro en asombro.

—Lo que no entiendo, sir Bos, es para qué quieres los objetos que fabricas.

—¡Toma! Pues para venderlos.

—¿Y quién los comprará?

—Descuida, que no faltarán compradores. Quien ha colocado aparatos de radio en mercados como el de América, lo coloca todo. Hay que hacer mucha propaganda. Lo demás no reviste ninguna dificultad.

—¿Propaganda? ¿Qué es eso?

—Propaganda es el arte de hacer comprar a la gente lo que no necesita.

—¡Oh! ¡Qué gran magia es esa!

Pasaron a otra dependencia donde se contruían extraños aparatos.

—¿Y qué es eso que horcas parecen?—inquirió el rey.

—Lo que tú has dicho. Son horcas. Con ellas ahorrarás mucho trabajo al verdugo.

La vista de las nefastas máqui-

nas produjo en Merlín un movimiento de aprensión que le movió a tirar del brazo del rey.

—Acordaos de que os esperan, señor.

—Es verdad. Lo había olvidado.

Y salió de la fábrica después de despedirse amablemente de sir Bos.

X

El silbido de la potente sirena había anunciado el final del trabajo matinal y los obreros pasaron a los cuartos de aseo, donde no faltaban las saludables duchas.

Hank se dirigió a sus habitaciones del castillo y allí se encontró con Clarence, que aparecía sumamente abatido.

—Pero ¿qué te pasa, hombre? —le preguntó Hank—. ¡Siempre con esa mirada de cordero!

—¡Oh, sir Bos! Bien sabéis cuál es mi mal. Mi corazón se muere de amor con lentitud atormentadora.

—¡Ah, sí, caramba! Me había olvidado de eso, hijo mío. ¡Tiene uno tantas cosas en la cabeza! Has hecho bien en recordármelo. Ahora mismo voy a hablar con el rey para arreglar ese asunto.

—¡Oh, sir Bos! ¡Mi gratitud será eterna!

—¡Bah! No vale la pena. Ya sabes que el rey no me niega nada. ¡Vaya! ¡Hasta luego!

—Que Dios os acompañe, sir Bos.

Dirigióse Hank al recinto donde se estaba celebrando la ceremonia anunciada por Merlín.

Para saber poco más o menos cómo debía proceder en aquella sala que la corte miraba con respeto casi místico, se informó por uno de los guardianes de que la ceremonia tenía por objeto designar al héroe que había de realizar un aventurado viaje.

—¿Pretenden acaso descubrir el polo Norte?—inquirió Hank.

—No, sir. El santo que buscan no se llama Norte sino Gral.

—¡Pues vaya un nombrecito que le han puesto!

Dicho esto, entró sir Bos en el recinto y quedó un tanto estupefacto ante lo tétrico del espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

En lo alto de una plataforma estaba el rey, y los cortesanos, de rodillas, formaban ante él un semicírculo.

El monarca pronunciaba frases

que todos los oyentes repetían con sonsonete de rezo.

Terminado el rito, Hank se acercó al rey.

—¡Hola, sir Bos!—dijo el monarca alegremente—. Bienvenido seas al recinto sagrado.

—Gracias, rey. No sabía que estuviera fundado tan pronto el kux-klan.

Y cuando iba a abordar el asunto que allí le había llevado, les interrumpió Merlín que, según dijo, llevaba al rey un mensaje de suma importancia.

—¿De quién es?—preguntó el rey.

—De vuestra hermana Morgan la Fe.

—Léelo.

Pero Merlín se mostraba vacilante.

—¿Qué esperas para leer?—inquirió el soberano, impaciente.

—Es que temo vuestra real furia.

—¡Leed, os digo!

Merlín se estremeció y dijo con tono balbuciente:

—Majestad, os demanda para

que repartáis con ella la mitad de vuestro reino.

Estas palabras fueron acogidas con un coro de rumores.

—Sin duda, mi hermana ha perdido el juicio—comentó el rey.

—Y si os oponéis —añadió Merlín cada vez más acobardado—, jura poner a vuestra Alisande en tortura.

Los rumores fueron entonces mucho más intensos.

—¡Traición! ¡Traición!—dijo una voz que sobresalía entre ellos.

Y otra voz declaró:

—Fue imprudencia confiar la custodia de la princesa a una reina tan llena de afanes.

El rey estaba mudo de indignación y de sorpresa.

Sagramor se acercó a decirle en tono bravucón:

—Señor, os pido que me permitáis partir para rescatar a la princesa.

Pero Merlín, que en todo momento estaba dispuesto a poner en un brete a su detestado rival, aconsejó:

—Si queréis creerme, majestad, enviad a sir Bos a rescatarla. El,

con su magia, logrará hechizar a la reina.

Hank se apresuró a replicar:

—¡Un momento, viejo! ¿Quién te mete a ti a designarme para el rescate? ¿Yo hechizando mujeres? Eso ha pasado ya a la historia con mi época de estudiante y futbolista. En los asuntos de falda los viejos salimos siempre mal librados. No tenemos más que un camino: apoquinar la pastizara mineral canadiense.

Sagramor lanzó una carcajada de burla.

—¡Paréceme que sir Bos tiene miedo!

—¡Oye, tú! —replicó Hank amoscado—. Vete a cazar lombri-ces con tu lanza y no te metas en lo que no te importa.

El gesto despectivo con que había pronunciado estas palabras exasperó a Sagramor, que replicó ciego de ira:

—¡Cobarde!

—¿Cobarde? Esa palabra te la vas a tragar si no quieres que te traslade las narices al cogote.

Se abalanzó sobre Sagramor, pero le sujetaron. Entonces, el ca-

pitán le arrojó el guante al rostro.

—No te quites los guantes, que van a hacerte falta—dijo Hank al mismo tiempo que adoptaba una guardia pugilística y comenzaba a dar saltitos.

—¡Defiéndete, que te voy a saltar los dientes!

Pero el rey intervino.

—Quieto, sir Bos. Queda en pie el desafío, puesto que te ha arro-

jado el guante. Mañana combatiréis en la liza, y el vencedor recibirá el honor de ir a rescatar a la princesa.

Hank no veía muy claro aquel honor, pero el rey lo había tomado tan en serio que no quiso contradecirle.

—Donde quiera y cuando quiera, rey—declaró con un tanto de chulapería.

XI

Gran animación reinaba en torno del campo donde había de realizarse el torneo.

Se había montado para el monarca una suntuosa tribuna, y desde ella, el rey dió a los heraldos

orden de que anunciaran el comienzo del espectáculo.

Resonaron las trompetas, rugió de anticipada emoción la multitud y se vió aparecer en la puerta de su tienda a Sagramor que se vió

negro para montar a caballo con la formidable impedimenta de la armadura que le cubría totalmente.

El mago Merlín, que no le había abandonado un momento desde que el combatiente llegara al campo del honor, le alentó por última vez:

—No temas. El monstruo caerá vencido bajo tu lanza. Toda mi magia te acompañará y te protegerá durante el combate.

Y echó polvos en abundancia sobre caballo y caballero.

Sagramor llegó hasta la regia tribuna y saludó al rey. Después dió *la vuelta al ruedo* para recibir los aplausos de los espectadores.

La aparición de Hank fué mucho más pintoresca. Clarence separó la lona para agrandar el hueco de la puerta y salió Hank velozmente, a lomos de un nervioso caballo que parecía recién salido de la potrada.

Un grito de sorpresa surgió de la masa de espectadores. Hank vestía el práctico traje del cowboy y no llevaba más arma que un lazo con el que hacía toda clase de malabarismos.

Saludó al rey, dió una vuelta al campo a galope tendido y se enfrentó con su rival.

—¡Cuando quieras, amigo!—gritó.

Sagramor le acometió ferozmente, lanza en ristre y, cuando ya parecía inevitable la caída de sir Bos, el caballo de éste dió un gran salto burlando al feroz combatiente.

A este recorte siguieron otros, mezclados con quiebras de todas las marcas. Sólo le faltaba a sir Bos una muleta para haber dado un curso de arte taurino.

Cada vez que a Sagramor le fallaba la embestida estaba a punto de caer del caballo y esto producía la hilaridad de los espectadores, que jamás habían presenciado un torneo tan divertido.

A todo esto, Merlín había ido a recibir a una dama cuyo arrogante porte contrastaba con su modesto vestido.

—¿Crees que me reconocerán, Merlín?—preguntó.

—No temáis, majestad. Con ese disfraz hasta vuestro hermano os tomará por una persona extraña.

—No he podido resistir la tentación de venir para ver a ese sir Bos del que tantas maravillas se cuentan.

—Miradlo bien, majestad, porque pronto caerá para no levantarse. Sagramor ha jurado vencerle y yo le he dotado con todo el poder de mi magia.

En la liza continuaban las embestidas de Sagramor y los recortes de Hank.

Para acabar de humillarlo, en uno de los quiebras le arrojó el lazo y le arrebató la lanza.

El público rugió con entusiasmo. Sagramor estaba desarmado y, por lo tanto, vencido.

Pero Hank, generosamente, ordenó a Clarence devolviera a su enemigo la lanza, y una vez estuvo de nuevo armado, le volvió a arro-

jar el lazo, le hizo caer del caballo al primer tirón y lo llevó a ras-tras por toda la liza, entre las aclamaciones de la multitud.

La reina Morgan la Fe era la más entusiasmada de todos.

—¡Oh, es el hombre más arrogante y valiente que jamás conocí!

Merlín, que había vaciado ya la bolsa de polvos, se mordía las uñas de rabia.

—Emprended el regreso en seguida—recomendó a la reina—. No debéis permanecer aquí un instante más: Id y os enviaré un mensaje dándoos cuenta del estado de nuestros *negocios*.

Morgan la Fe obedeció, pero antes de marcharse arrojó un beso a sir Bos que, desde su caballo, correspondía con alegres gestos a las aclamaciones de la multitud.

XII

El rey mandó que sir Bos subiera a la tribuna para felicitarle y Clarence le acompañó.

—En todo se ve tu magia, sir Bos—dijo el monarca con tono admirativo—. Tu victoria ha sido magnífica.

—No es para tanto, rey. Cualquiera cow-boy habría hecho lo mismo.

—Y puesto que has sido tú el vencedor, tú recibes el honor de rescatar a la princesa Alisande.

El premio no produjo el menor entusiasmo al yanqui, que, después de algunas vacilaciones, repuso:

—Mira, rey. Mi opinión es que no hay ningún motivo para que sea

yo el encargado de rescatar a tu hija. Yo ya no estoy para esos trotes. Por otra parte, aquí está Clarence que la adora y que anhela esa difícil misión. Nadie mejor que él puede llevar a cabo esa hazaña que sería una página brillante en la historia de tu reinado. Si realmente tienes interés en recuperar a tu hija, déjalo de su cuenta, que es seguro que la recuperarás porque nadie pondrá más heroísmo que él en la empresa.

El rey le escuchaba con una mezcla de extrañeza y disgusto.

—¿Pretendes que encargue a un paje la misión de rescatar a una princesa?

—Permíteme que te diga, rey, que esas preocupaciones de linaje son tontas e inútiles. ¿Qué importa que sea o haya sido paje para que pueda cumplir esta difícil misión mejor que la más alta personalidad de tu corte, y que yo desde luego? Además, eso tiene fácil arreglo. ¿Que no es noble? Pues con hacerlo, asunto concluido. ¿Acaso no me hiciste a mí sir Bos en menos que canta un gallo? Pues ponle a él la espada sobre la cabeza y ya está convertido en noble.

—Ha de haber algún motivo para darle tan alto premio.

—¿Motivo? Pues ahí va uno. Tú sabes, rey, que yo he hecho por ti cuanto he podido y más. Pues bien, tengo interés por este muchacho al que me liga un gran afecto. ¿Vas a negarme la gran merced de hacer por él lo que te pido?

Ante estos razonamientos el rey no tuvo más remedio que doblegarse.

—Puesto que tú me lo pides...

—¡Olé los reyes castizos!—exclamó sir Bos alegremente.

Y añadió dirigiéndose a Clarence:

—Anda, galán, hincas la rodilla que te van a dar un título.

Clarence temblaba de emoción.

—¡Oh, sir Bos! Nunca os podré pagar...

—¿Te quieres callar? Anda, rey, desenvaina la espada.

—Ahora no sé qué título darle.

Y preguntó a Merlín:

—¿Qué provincia hay sin lord que la gobierne?

Merlín fué en busca de un gran libro y mostró al monarca la primera provincia vacante que encontró.

—Está bien—dijo desenvainando la espada y colocándola sobre la cabeza de Clarence, que esperaba su felicidad de rodillas.

Pronunció las palabras de ritual y dijo finalmente:

—Quedas nombrado sir Roger de Claramor.

Al oír este nombre, Hank lanzó un grito triunfal.

—¡Ya le tengo! ¡Ya le tengo! ¡Tenía razón mi abuelita! ¡Aquí está mi antepasado!

El rey y todos los presentes le

miraban con una mezcla de extrañeza e inquietud. ¿Se habría vuelto loco?

—¿Qué dices, sir Bos?

—Mira, rey, es muy difícil de explicar—repuso Hank con creciente emoción—, pero es el caso que Clarence ha resultado ser antepasado mío. Aquí está el tronco de la familia a que yo pertenezco. ¡Es curioso! Tan joven y es mucho más que mi tatarabuelo.

—A fe que es extraño lo que dices... Pero presta atención, que la ceremonia no ha terminado todavía. Ahora sir Roger ha de prometer por su honor rescatar a la princesa.

—¡Ah, no! ¡De ningún modo!—protestó Hank—. Las cosas han cambiado, rey. Ahora este pollo no sale de aquí.

—Pero...

—¿No comprendes, rey, que, siendo como es mi antecesor, si perdiera la vida en la aventura yo no podría nacer?

—No te entiendo, sir Bos. Pareces demente.

—No importa parecer eso. Lo

que yo quiero es conservar la vida de mi antepasado.

Y añadió dirigiéndose a Clarence:

—Anda, muchacho. Vete a la oficina y no te muevas de allí ni hagas nada hasta que yo vaya. Mucho cuidado con acercarte a las dinamos, ¿eh?

Clarence se retiró y esto acabó de hacer perder al rey la amabilidad.

—No tolero estas burlas, sir Bos.

—¡Calla, hombre, calla! ¿Qué burlas ni qué ocho cuartos? Tú me has hecho un favor, ¿verdad?

—Ese ha sido mi propósito.

—Pues si ahora obligaras a ir al muchacho, no habría tal favor. Si quieres complacerme deja a mi antepasado que viva tranquilo y permíteme que vaya yo a rescatar a la princesa.

—Siendo así no tengo nada que oponer. Es una honra para mí y lo será para ella que te encargues tú del rescate.

—Gracias, gracias. No esperaba menos de ti. Pero quiero de-

cirte una cosa, rey. Creo... creo que debías acompañarme tú.

El monarca se irguió.

—¿Yo, el rey?

—No te enfurezcas, hombre. Lo digo por tu bien.

—¿Qué bien puede reportarme eso?

—Calla, hombre, calla. No te pongas así. Ahora te explicaré. La princesa Alisande es tu hija, ¿verdad?

—Sí.

—Pues ¿quién mejor que tú para ir a rescatarla? Si no te sacrificas por tu hija, ¿por quién te vas a sacrificar? La gente dirá: si así abandona a su hija a manos ajenas ¿qué no hará con nosotros, no ligados a él por ningún parentesco? Desconfiarán de ti. No creerán en el afecto de su rey. ¿No comprendes? La gente es muy mala, goza murmurando. Lo mismo puede pensar que eres un mal padre como otra cosa peor.

—¿Peor que eso?—inquirió el

rey, profundamente impresionado por las palabras de Hank.

—Mucho peor—repuso éste—para un caudillo tan esforzado como tú.

—Habla. ¿Qué pueden decir?

—Claro que sólo los tontos lo creerán, pero... dirán... dirán... que tienes miedo.

El soberano se estremeció y lanzó un rugido.

—¿Quieres decir que me llamarán cobarde?

—Hombre, tanto como cobarde...—repuso Hank para tranquilizarlo—. Pero, si no cobarde precisamente, algo muy parecido. Por ejemplo, gallina.

El rey no comprendió el significado que Hank quiso dar a aquel nombre de ave de corral, pero supuso que se trataba de un insulto terrible, por lo que, tras lanzar media docena de rugidos y otros tantos juramentos, tendió la mano a sir Bos y exclamó:

—Iremos juntos a rescatar a mi hija.

XIII

Rápidamente se corrieron por el castillo las voces de que el rey iba a tomar parte personalmente en el rescate de la princesa, y ello originó toda clase de comentarios favorables.

Apenas conoció la noticia, Merlín fué en busca de Sagramor.

—¿Detestas a sir Bos?—le preguntó por primera providencia.

—Le odio ferozmente—repuso el capitán rechinando los dientes.

—Y más desde la burla que hizo de mí en el torneo.

—La burla y el arrastre.

—Cierto. ¡Y voto a Dios que he de vengarme!

—Eso es lo que vengo a ofrecerte: un medio de venganza.

—¿Tú? ¡Pronto, Merlín! Dame la receta del veneno. ¡Por Satanás que no ha de durar un solo día!

—Calma, Sagramor. No hay tal veneno. Todo está aquí.

Y se señalaba la frente con el índice.

—¿Magia? No quiero más magia. ¿Crees que he olvidado el efecto de tus polvos durante el torneo?

—¿Quién habla de magia? Oye, Sagramor. Si quieres que sir Bos perezca no tienes más que anunciar a la reina Morgan la Fe la llegada de su hermano y su propósito de rescatar a la princesa. La reina les tenderá una emboscada y los

mandará a la horca. Así será ella única reina de Britania y tú y yo saldremos ganando con eso, puesto que estará en deuda de gratitud contigo y conmigo ya lo está.

—El plan es bueno por lo que respecta a sir Bos, pero, a su hermano, ¿crees que osará darle muerte? ¿No temerá provocar el horror de sus súbditos al derramar la sangre de un hermano?

—Eso ya lo tengo previsto. Di a la reina que ordenarán a los capturadores le rasuren la barba y ella podrá jurar que no le conoce y mandarlo a la horca sin temor a que la acusen de parricida.

—Grán idea, Merlín—exclamó Sagramor entusiasmado—. Voy al punto a buscar los que se han de encargar de capturarlo y al mensajero que ha de precederles para llevar la nueva a la reina Morgan la Fe.

—Hazlo, Sagramor, y no te arrepentirás.

* * *

Para no ser menos que el rey, sir Bos se puso una armadura de

acero que pesaba casi tanto como un camión.

En el patio del castillo realizó la peliaguda operación de montar al caballo, tarea que ahora se abreviaba mucho gracias a una grúa cuyo montaje él mismo había dirigido.

Un gancho cogió a sir Bos por la parte trasera de la coraza, funcionó la grúa y el caballero quedó suspendido en el aire. Abrió las piernas, los servidores situaron debajo de ellas el caballo y la grúa volvió a funcionar en sentido descendente.

Pero el caballo se espantó, echó a correr y sir Bos quedó sentado en el suelo.

Tuvieron que repetir la operación varias veces y por fin quedó el caballero sobre el caballo.

Clarence, que era uno de los que más habían trabajado en aquellas difíciles operaciones, se emocionó profundamente al oír que sir Bos le decía:

—¡Adiós, hijo mío!

—¡Oh, sir Bos! ¿Por qué no me permitís siquiera que os acompañe?

—¿Acompañarme?... Vete, vete a vasa en seguida y abrígate. Tienes la voz ronca... Mira, cuando vayas a casa, hierva un par de cebollas y bébete el caldo. No hay nada mejor para el trancazo. Después te acuestas y ¡a sudar!

—Así lo haré, sir Bos. Y también recordaré lo que me ordenasteis en caso de tardanza.

—Sí, sí; pero ya te dije que esa medida sólo debes tomarla en un

caso extremo. Cuando estés seguro de que nos ha sucedido algo.

—Bien, sir Bos. También cuidaré de nuestras fábricas.

—¡Pero mucho cuidado con las máquinas! Son muy traidoras. No serías el primero al que un volante ha echado a volar.

Y tras este y otros prudentes consejos, sir Bos fué en busca del rey para ponerse en camino.

XIV

Los planes de Sagramor salieron a pedir de boca. Sólo quedaba a los viajeros alrededor de una hora de camino, cuando se vieron asaltados por un numeroso grupo de foragidos que cayeron sobre

ellos, les ataron fuertemente y después de cortar al rey la barba, los condujeron a presencia de la reina Morgan la Fe.

Estaba ésta en un suntuosísimo salón, tendida con indolencia so-

bre un lecho de cojines formado sobre un estrado.

Hank se quedó un poco sorprendido al ver aquel lujo que le recordaba las operetas de gran espectáculo, y no pudo entretenerse en la contemplación todo cuanto habría sido su deseo, porque sus capturadores le empujaron sin contemplaciones hacia donde estaba la reina.

Ella, que sabía muy bien quiénes eran los cautivos, se fingió muy sorprendida.

—¿Qué mal han hecho?—preguntó.

—Son dos espías de la corte del rey Arturo. Dos villanos que venían a ganar gloria rescatando a la princesa Alisande.

—Mientes—rugió el rey trémulo de ira—. Aquí no hay más villano que tú.

—Pues ¿quién eres?—le preguntó la reina.

—Bien lo sabes: tu hermano.

—¿Mi hermano, el rey Arturo?

—No tienes otro.

La reina se echó a reír con todo el estruendo de que fué capaz su garganta.

—Entonces—comentó burlonamente—tu acompañante será lo menos el rey de Roma.

—¡Digo que soy Arturo, rey de Britania!

—Y yo juro que jamás he visto tu faz de impostor—replicó la reina con altivez—. Llevadlo presto con los demás prisioneros, que no otra cosa merece el que añade a sus delitos la mentira.

Fué inútil que el rey protestara y se debatiera. Los secuestradores se lo llevaron a rastras. Y la misma suerte iba a correr Hank, cuando la reina ordenó:

—No. Al compañero dejadle aquí.

* * *

El yanqui recibió esta declaración con bastante sorpresa, que se sumó al asombro que experimentaba desde el momento de penetrar en el suntuoso recinto, pues reconoció en la reina a la dama de los ojos grises que viera en el casti-

llo, es decir, a la que perseguía a la joven perseguida por el joven de la armadura.

No le cabía la menor duda de que era la misma y menos ahora que pudo verla en aquella actitud indolente que tan bien sentaba a la expresión sensual de su rostro.

Preguntándose estaba Hank para qué le querría aquella mala pécora, cuando oyó que ésta decía poniendo los ojos en blanco:

—¡Qué hermoso eres!

—¡Atiza!

—¿Qué dices?

—Todo es poco para expresar mi asombro, madame locura. Atiza es una exclamación de asombro como "¡arrea!", "¡mi madre!" y "¡la caraba!"

—¡Oh, qué hermoso lenguaje!

—¡Mi abuela!

—¿Eh?

—No, nada. Es que... la verdad... me parece que me estás tomando la cabellera.

—No te entiendo, pero tus palabras son en mis oídos dulcísima música.

—¿No lo dije? O estás chalada

o lo estoy yo. Porque ¡mira que llamarme a mí hermoso!...

—Eres valiente y arrogante. Eres el más audaz caballista de Britania.

—Eso tal vez. Pero ¿quién te lo ha dicho?

—Te he visto combatir con Sagramor.

—¿Que me has visto tú?

—Sí. Sólo por verte fui a la corte de mi hermano.

—¿Sólo por verme?

—Sólo por mirarme a los cielos de tus ojos.

—¡Cielos!

Entonces la reina dió unas palmadas y acudieron más de veinte lindas muchachas que se arrodillaron a sus pies.

—Vestíldo con las mejores galas y traedlo aquí—ordenó la reina.

Las veinte muchachas se abalanzaron sobre Hank, el cual, horrorizado, comenzó a lanzar gritos. En su vida se las había visto más gordas. Primero una reina le pone los ojos en blanco; después

veinte muchachas se disponen a vestirle. Esto era demasiado para un hombre de poco mundo como él.

—¡Eso no, reina!—protestó—.

Me parece que tengo edad para saber vestirme solo.

Pero las alegres y fieles servidoras se lo llevaron casi en volandas.

XV

La princesa Alisande sufría entretanto los horrores del cepo. Sólo su cabeza y sus manos aparecían sobre la gruesa tabla cuyos tres boquetes ponían estrecho cerco a su cuello y a sus muñecas.

El rey quedó horrorizado al ver a su hija en tan triste situación y comenzó a lanzar bramidos de cólera y de dolor cuando le encadenaron junto a ella, considerando sin duda que no podía existir para

él tortura mayor que la de ver sufrir a su hija sin poder socorrerla.

Pronto, puesto que tantas y tan hábiles manos se ocuparon en la tarea, estuvo Hank compuesto y perfumado.

Pero hasta con el traje de alta gala su figura acusaba ese desgaire del hombre de negocios, lo que provocaba la hilaridad de cuantos palaciegos le veían.

A la reina, sin embargo—el

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

amor es loco—le pareció un Adonis y le acogió con esta exclamación:

—¡Oh, amor mío!

Las cortinas se corrieron discretamente en cumplimiento de órdenes reales y en la regia cámara Hank y la reina quedaron solos.

Ella estaba trémula de ilusión. Se había recostado en el sofá y tendía los brazos al cautivo entornando los ojos de un modo que recordó al americano las miradas de las mujeres fatales de la pantalla.

—Ven a mis brazos, amor mío. Que yo oiga la música adormecedora de tus palabras. Que tus labios conozcan el fuego de los míos.

—Como fuego, no te falta, querida.

—¡Oh, sir Bos! Ven, siéntate a mi lado.

Hank se sentó con toda clase de precauciones, como si temiera que aquella estufa humana fuera a caer de pronto sobre él.

—Pero oye, dime, ¿qué has visto en mí para ponerte de ese modo si yo no me puedo mirar al espejo sin asustarme?

Pero la reina le acarició amoro-

samente las mejillas sin hacer caso de tanta modestia.

—No me hagas sufrir, sir Bos. Di que me amas.

—Quita, mujer—repuso Hank ruborizado—. Eso son cosas de chicos.

De pronto se oyó un grito procedente de los sótanos del palacio.

—¿Qué ha sido eso?—preguntó el yanqui.

—No nos preocupemos más que de nuestro amor, amado mío.

—¡Oye, oye! A lo mejor es que se ha prendido fuego al palacio y entonces sí que te abrasas de veras.

—No temas. No hay aquí más fuego que el de mi corazón. Esos gritos provienen del cuarto de los prisioneros.

—¿Y por qué gritan?

—Tal vez a causa de la tortura.

—¿De la tortura dices?—exclamó Hank, aterrado.

—A buen seguro.

—Pero ¿es que mandas torturar a los prisioneros?

—Es una vieja costumbre.

—¿Y al rey también le están aplicando la tortura?

UN YANQUI EN LA CORTE DEL REY ARTURO

—También—repuso la vampiresa con naturalidad.

Hank se puso en pie de un salto.

—¡Te exijo que lo pongas en libertad inmediatamente!

Pero la reina, en vez de acobardarse, le dirigió una mirada que equivalía a un cañonazo.

—¡No hay libertad para él!—rugió.

Sir Bos comprendió que no era aquel el camino para salvar a su amigo el rey. Recurrió a las dulzuras.

—Pero oye, reínecita, ¿estás diciendo que me amas y no me quieres complacer?

—¿Cómo no he de querer complacerte si te adoro? Amame y me dominarás a tu antojo.

En vista de que no había otro remedio, Hank se decidió a hacer lo que buenamente pudiera en aquel sentido.

Se arrodilló a los pies de la reina y le dijo desabridamente:

—Te amo, amor mío.

No habría empleado otro tono para decir: "Acaban de dar las doce."

Pero la reina percibió la frase

con sus oídos de enamorada y le pareció haber escuchado un hermoso poema.

Se estremeció, se dejó caer con indolencia en el lecho de cojines y tiró de las manos de Hank.

—¡Sigue, sigue!—dijo temblando de pasión.

Hank se vió perdido. ¿Qué más podía decirle si no conocía más frases de amor que las que ya había pronunciado?

De pronto, recordó los famosos versos del Tenorio en la escena del sofá y se acogió a ellos como el náufrago a la tabla de salvación.

—¿No es verdad, ángel de amor...

Y suspiró la reina:

—Así, así. Esa música me adormece.

—...que en esta apartada orilla...

—¡Oh!

—...más pura la luna brilla...

—¡Me muero!

—...y se... y se...

Al llegar aquí le falló la memoria. Vaciló. Y ya se disponía a hablar en camelo cuando la reina le echó los brazos al cuello y le dió

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

un beso que resonó como un escopetazo.

—“Esta vampiresa se me come”, se dijo Hank al mismo tiempo que daba un salto atrás.

Pero ella volvió a apoderarse de su cuello, aunque para ello tuvo que levantarse, porque Hank se había puesto en pie.

—¿Qué te ha parecido?—preguntó el yanqui, que anhelaba recibir la recompensa.

—¡Sublime!

—Entonces, haz lo que hemos convenido. Pon en libertad al rey y, de paso, a su hija.

Y añadió con la esperanza de hacer la petición irresistible:

—¡Hazlo, ángel de amor!

Pero ella, en medio del delirio pasional, repuso:

—¡No, amor mío! ¡Eso nunca!

Hank se quedó estupefacto. Después, con un movimiento de indignación y desprecio, arrojó de un empujón a la vampiresca sobre los cojines y exclamó:

—¿Para eso he estado haciendo el indio durante media hora?

Al sentirse tan rudamente maltratada la altiva reina se estremeció de ira.

—¡A la reina!—gritó.

Y de todas partes surgieron servidores y soldados blandiendo la espada.

—¡Prended a ese miserable!—ordenó la reina.

Todos se abalanzaron sobre Hank, pero el americano, más atlético y ágil que ellos, echó a correr por las estancias del palacio y consiguió despistarles.

Sin saber cómo, se vió instantáneamente en el cuarto de tortura. Allí estaban el rey y su hija, la princesa Alisande, que por cierto no era otra que la joven de los ojos azules que viera la famosa noche en el castillo.

—¡Confiad en mí!—gritó—. ¡Voy a salvaros!

Los que guardaban la puerta del recinto intentaron cortarle el paso, pero Hank echó mano de su revólver y lo utilizó por primera vez. Uno de los centinelas cayó herido de muerte y el otro echó a correr, aterrado ante la pequeña

UN YANQUI EN LA CORTE DEL REY ARTURO

pero infernal máquina de matar personas cuyo estampido oía por primera vez.

Se apoderó Hank de un manojito de llaves que pendía de la cintura del centinela muerto y libertó al rey y a la princesa. Pero antes de que pudieran salir del cuarto, un nutrido grupo de armados guerreros les cortó la retirada.

El revólver de Hank siguió sembrando el terror y tumbando gente, pero llegó un momento en que se le acabaron los proyectiles y quedaron los tres a merced del enemigo.

Fueron conducidos a presencia de la reina Morgan La Fe y esta pronunció la terrible sentencia:

—Serán ahorcados los tres!

XVI

El patíbulo era un modelo de perfección dentro de las deficiencias técnicas de la época. Consistía en una larga plataforma con el suelo fraccionado de modo que sus fragmentos se hundían y los que estaban sobre ellos caían a un fo-

so, a cuyo fondo no llegaban porque se cuidaba de impedirlo una cuerda que, pendiendo de lo alto de un poste, les sujetaba por el cuello. De modo que el verdugo no tenía más que ir abriendo boquetes para que el reo cayera den-

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

tro y se quedara colgando de la cuerda.

Hasta doce víctimas había aquella tarde alineadas sobre la fatídica plataforma. Hank, el rey y la princesa eran los últimos de la fila y todos tenían puesto ya el collar de tosca cuerda que había de causarles la muerte.

Alisande estaba desolada..

—¡Si al menos pudiera verle antes de morir!

—¡No hay salvación para nosotros!—exclamó el rey Arturo—. ¿Por qué no ocultas el sol, sir Bos?

—Eso no puede hacerse todos los días, rey. Es la magia más difícil que hay.

—¿Ni siquiera oscurecerlo un poco?

—Nada, rey. Eso sale bien una vez y ya no puede hacerse hasta que pasan muchos años.

La multitud llenaba el patio del castillo haciendo comentarios sobre el estupendo espectáculo que se les avecinaba y discutiendo acerca de los procedimientos de aplicar la última pena.

—A mí me place más el hachazo en la nuca—decía uno.

—Donde esté la cuchilla que se quite todo—decía otro.

—La horca tiene sus ventajas—opinó un tercero—. El reo saca la lengua y esto da al espectáculo la nota cómica que falta en el hachazo y en la cuchilla.

De pronto, el rey y sus amigos quedaron estupefactos.

Acababa de aparecer ante ellos la reina y la acompañaba Merlín.

La reina dijo mostrando a su hermano:

—Mira, Merlín. Ese es el que dice que es el rey Arturo.

Merlín rió siniestramente.

—Debe de estar loco—dijo—. ¡Pretender ser tu hermano con esa faz miserable!

El rey se estremeció de ira.

—¡Tú sí que eres miserable, Merlín! Ahora comprendo que me has vendido.

—Oye, viejo mago—añadió sir Bos—. Sólo quisiera verme libre unos instantes para arrancarte las orejas y esa barba de chivo que Dios te ha dado.

UN YANQUI EN LA CORTE DEL REY ARTURO

La reina y Merlín se fueron sin cesar en su sarcástica risa.

Volvió a gemir el rey.

—¡No hay salvación para nosotros!...

Y entonces Hank repuso:

—Yo todavía no he perdido las esperanzas, rey.

—¿Cómo puedes tener esperanzas si sólo faltan unos minutos para que comience el espectáculo?

—Mira, rey. Yo dije a Clarence que si tardábamos demasiado viniera en socorro nuestro.

—Mas, aunque viniera, ¿qué podría hacer Clarence solo contra esta multitud de guerreros enfurecidos?

—¿Solo? No sabes de la misa la mitad, rey. Clarence vendría con todo nuestro ejército y, además, provisto de ciertos materiales que tú no has visto aún porque los he fabricado en secreto y que iban a matar a esta gente sólo del susto.

—¿Pues qué materiales son esos?

Pero Hank no tuvo tiempo de contestar. Habían sonado ya los clarines que anunciaban el princi-

pio del espectáculo y la gente se aglomeró alrededor del patíbulo.

—Ahora sí que he perdido las esperanzas—dijo Hank mirando al cielo desoladamente.

Comenzaron a correrse las trágicas tapaderas. Uno a uno, los reos caían al foso y quedaban colgando del collar de la muerte.

Alisande había cerrado los ojos. Acababa de ver cómo se hundía el infeliz que se hallaba a su lado y esperaba el momento fatal inmovilizada por el horror.

Un rezo brotó de sus labios. Ya empuñaba el verdugo la cuerda que, mediante un fuerte tirón, abriría el hoyo en que había de hundirse Alisande.

Pero, de pronto, se oyó un ruido extraño que hizo levantar a todos los presentes los ojos al cielo y, sobre el patio, apareció majestuosamente un autogiro.

—¡Ahí están nuestros salvadores!—gritó Hank.

Inmediatamente, cayó en un ángulo del patio una bomba de gran potencia que sembró el terror entre los que estaban lejos y la muerte entre los que estaban cerca.

Al mismo tiempo, un tanque penetró en el patio disparando sus ametralladoras y del tanque bajaron varios súbditos fieles del rey Arturo que lo pusieron en libertad, así como a la princesa y a sir Bos, quedando desde aquel momento al lado de ellos para defenderles.

Cuando los muros del castillo comenzaron a ofrecer grandes boquetes a causa de los cañonazos, el espectáculo que se ofreció a los ojos del rey Arturo fué para él inolvidable. Centenares de automóviles corrían en todas direcciones y de ellos bajaban guerreros armados de fusiles-ametralladoras que barrían materialmente al enemigo. Escuadrillas de aviones arrojaban bombas sin cesar y evolucionaban los tanques arrollándolo todo.

En menos de cinco minutos los soldados del rey Arturo fueron dueños absolutos de la situación y el autogiro descendió majestuosamente en el patio del castillo.

De él descendió Clarence y Alisande lanzó un grito de alegría y se arrojó en sus brazos, sin pre-

ocuparse de la presencia de su padre.

—¿Qué te ha parecido, rey?—preguntó sir Bos con una sonrisa—. Estos son los materiales que he fabricado en secreto.

—Sir Bos—contestó el rey con voz trémula de emoción y de gratitud—, nunca podré pagarte lo que has hecho por mí. Eres el mago de los magos.

Clarence invitó a sus amigos a que subieran en el aparato de La Cierva, pero Hank no aceptó el ofrecimiento.

—Id vosotros. Yo tengo un asunto que arreglar con Merlín.

—Cuidado, sir Bos—le advirtió Clarence—. Los aeroplanos tienen orden de bombardear el castillo.

—Pues díles que esperen a que yo salga de aquí. Sólo cinco minutos. No puedo emplear más tiempo en cortar unas barbas de chivo.

Pero apenas se hubo remontado el autogiro y penetró sir Bos en la estancia del castillo donde Merlín y la reina se habían refugiado, cayó un formidable obús que convirtió el palacio en ruinas.

Una gigantesca columna cayó sobre la cabeza de Hank, que se desplomó, perdiendo la noción de las cosas.

* * *

En seguida despertó, y su sorpresa fué enorme al comprobar que lo que acababa de caer sobre su cabeza no era una columna sino una armadura, y que se encontraba en la habitación del cliente al que había ido a entregar la batería solicitada por teléfono.

El radiomaniático seguía oyendo con reverencia las palabras que surgían del altavoz.

—¡Estas ondas están vibrando en el espacio desde hace catorce siglos!—exclamó.

Y como en réplica oportuna, del altavoz surgieron estas palabras:

—Aquí, estación de radio "J. I., 20". Acabamos de radiar, señores, la fantasía de ambiente medioeval titulada "El rey Arturo y

su corte". Buenas noches y hasta mañana.

Un gesto de profunda decepción se reflejó en el rostro del dueño del castillo, y, de pronto, se abrió una puerta y apareció un enfermero que tenía toda la cara del mago Merlín.

—¿Qué hace usted aquí?—preguntó al caballero severamente—. ¿No le tengo dicho que no quiero verle levantado después de las once? ¡Vamos, vamos! ¡A la ducha y a dormir!

Hank se apresuró a salir de aquella estancia donde había pasado más de una hora a solas con un loco y no respiró hasta que se vió en su camioneta, empuñando el volante.

Había cesado la tormenta. La noche estaba ahora despejada y magnífica. Oprimió el acelerador. Ansiaba encontrarse en la apacible seguridad de su casa.

De pronto, le pareció oír un susurro en el interior de la camioneta. Hizo funcionar los frenos y bajó. Abrió la portezuela trasera y su asombro no tuvo límites al descubrir a una pareja de enamo-

rados, absortos en su coloquio sentimental.

Y todavía se asombró más al reconocer en ellos a Alisande y a Clarence, es decir, a la joven de los ojos azules y al joven de la armadura.

—Yo le explicaré, señor—dijo en tono suplicante el joven.

—Es que la hermana de mi padre—le interrumpió la joven—quiere separarnos y estamos decididos a casarnos en secreto esta misma noche.

Hank estaba perplejo.

—Es asombroso lo que me ha pasado—dijo.

Y como los jóvenes le miraran interrogadoramente, añadió:

—Pero no puedo explicarlo porque se reirían ustedes de mí. Fíjense que he creído que ustedes eran antepasados míos.

Los enamorados le miraron con cierta inquietud.

—No, no crean que estoy loco—dijo Hank—. Ya sé que todo ha sido un sueño. Pero, en fin, no puedo menos de sentir hacia ustedes una viva simpatía y he de ayudarles. Llévense el coche. Ya me lo devolverán cuando estén casados. Yo continuaré el camino a pie. ¡Vaya! ¡Que sean ustedes muy felices!

Y, satisfecho del servicio que acababa de prestar, Hank echó a andar bajo el cielo despejado de la noche apacible.

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS

La Viuda Alegre.—El Gran Desfile.—Miguel Strogoff o El Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 13.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nantás, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Montecarlo.—Vida bohemia. Zazá.—¡Adiós juventud!—El judío errante.—La mujer desnuda.—Casanova.—Hotel Imperial.—La tía Ramona.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche Nupcial.—El Séptimo Cielo.—Beau Geste.—Los Vencedores del Fuego.—La Mariposa de Oro.—Ben-Hur.—El Demonio y la Carne.—La Castellana del Líbano. La Tierra de todos.—Trípoli.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena.—Águilas triunfantes.—El Sargento Malacara.—El Capitán Sorrell.—El Jardín del Edén.—La Princesa mártir.—Ramona.—Dos Amantes.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El ángel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amantes.—Moulin Rouge.—La Bailarina de la Ópera.—Ben Ali.—Los Cuatro Diablos.—¡Ríe, payaso, ríe!—Volga, Volga.—La Sinfonía Patética.—Un cierto muchacho.—¡Nostalgia!...—La ruta de Singapore.—¡La Actriz.—Mister Wu.—Renacer.—El despertar.—Las tres pasiones.—La melodía del amor.—Cristina, la Holandesa.—¡Viva Madrid, que es mi pueblo!—Sombras blancas.—La copla andaluza.—Los cosacos.—Icaros.—El conde de Montecristo.—La mujer ligera.—Virgenes modernas.—El Pagano de Tahití.—Estrellas dichosas.—Esto es el cielo.—La senda del 98.—Espejismos.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Egoísmo.—La Máscara del Diabolo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalguía.—Posesión.—Tentación.—La pecadora.—El beso.—Ella se va a la guerra.—Los Hijos de Nadie.—El pescador de perlas.—Santa Isabel de Ceres.—Las dos huérfanas.—La Canción de la Estepa.—El precio de un beso.—La rapsodia del recuerdo.—Delicatessen.—Del mismo barro.—Estrellados.—Cuatro de Infantería. Olimpia.—Monsieur Sans Gêne.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladrón de amor. Molly (La gran parada).—El valiente.—¡De frente... marchen!—Prim.—El presidio.—Romance.—El gran charco.—Tempestad.—El Dios del Mar.—Anne Christie.—Sevilla de mis amores.—Horizontes nuevos.—Ben-Hur (edición popular).—La incorregible.—El malo.—El pavo real.—Bajo los techos de París.—Wu-li-Chang.—Montecarlo.—Camino del infierno.—¡M'ó serás!—¡Aleluya!—La mujer que amamos.—Acompás de 3/4.—La princesa se enamora.—Amanecer de amor.—El gran desfile (edición popular).—Du Barry, mujer de pasión.—La viuda alegre (edición popular).—Ángeles del infierno.—Cuerpo y alma.—El impostor.—Esposa a medias.—Esclavas de la moda.—Petit Café.—Hay que casar al Príncipe.—Inspiración.—El proceso de Mary Dugan.—En cada puerto un amor.—Marruecos.—¿Conoces a tu mujer?—El millón.—La mujer X.—Gente alegre.—Mar de fondo.—La llama sagrada.—La ley del harén.—La fruta amarga.—Vidas truncadas.—La fiera del mar.—Tabú.—El pasado acusa.—Papá piernas largas.—Trader Horn. que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

PRÓXIMOS NUMEROS:

El emocionante asunto, hablado en español

EL CÓDIGO PENAL

por Barry Norton (que hace su mejor creación),
María Alba, Carlos Villarías, etc.

Edición extraordinaria, al precio de siempre: 1 pta.

*

La pura verdad

Producción hablada y cantada en español, por
Enriqueta Serrano, Manolo Russell, etc.
Con la letra de las canciones

*

CARBON

Formidable novela. Es una nueva creación del director
de «Cuatro de infantería», G. W. Pabst

RECUERDE ESTE TÍTULO:

Camarotes de lujo

(TRASATLANTIC)

Maravilla de la FOX

¡SIEMPRE LO MEJOR!

¡Últimos grandes éxitos!

El precio de un beso, por José Mojica y Mona Maris. (6 ediciones)
Del mismo barro, por Mona Maris y Juan Torena. (6 ediciones)
Ladrón de amor, por José Mojica y Mona Maris. (4 ediciones)
El valiente, por Juan Torena. (2 ediciones)
El presidio, por José Crespo. (2 ediciones)
El gran charco, por Maurice Chevalier y Claudette Colbert. (2 ediciones)
Sevilla de mis amores, por Conchita Montenegro y Ramón Novarro. (3 ediciones)
Ben-Hur, por Ramón Novarro y May Mac Avoy. (Edición popular)
El malo, por Dolores del Río y Edmund Lowe
Bajo los techos de París, por Albert Préjean, Polla Yllery y Gaston Modot
Wu-Li-Chang, por Ernesto Vilches, Angellita Benítez y José Crespo
Montecarlo, por Jeannette Mac Donald y Jack Buchanan. (2 ediciones)
¡Mío serás!, por Jeannette Mac Donald y Reginald Denny
Aleluya (el alma negra), por Danlei L. Haynes, Nina Mae y Mac Kinney
Camino del infierno, por María Alba y Juan Torena (2 ediciones)
La princesa se enamora, por Charles Farrell y Maureen O'Sullivan
Amanecer de amor, por Norma Shearer, Lewis Stone y Robert Montgomery
El gran desfile, por John Gilbert y Renée Adorée. (Edición popular)
Du Barry, mujer de pasión, por Norma Talmadge, Conrad Nagel, William Farnum, Hobart Bosworth, etc.
La viuda alegre, por Mae Murray y John Gilbert. (Edición popular)
Ángeles del infierno, por Jean Harlowe, James Hall y Ben Lyon
Cuerpo y alma, por Jorge Lewis, Ana María Custodio, José Nieto, etc.
El impostor, por Juan Torena, Blanca De Castejón, Carlos Villarías, etc.
Esclavas de la moda, por Carmen Larrabetti, Blanca de Castejón, Julio Peña, Félix de Pomés, etc.
Petit caté, por Maurice Chevalier, Ivonne Vallee, etc.
Hay que casar al Príncipe, por José Mojica, Conchita Montenegro, etc. (4 ediciones)
Inspiración, por Greta Garbo, Robert Montgomery, Lewis Stone, etc.
El proceso de Mary Dugan, por María Ladrón de Guevara, José Crespo, Ramón Pereda, Rafael Rivelles, Elvira Morla, etc. (2 ediciones)
En cada puerto un amor, por José Crespo, Conchita Montenegro, Juan de Landa, etc.
Marruecos, por Marlene Dietrich, A. Menjou, G. Cooper, etc. (2 ediciones)
¿Conoces a tu mujer?, por Carmen Larrabetti, Ana María Custodio, Rafael Rivelles, Miguel Lligero, Manuel Arbó, etc.
El millón, por Annabella, René Lefebvre, Vanda, Greville, etc.
La mujer X, por María Ladrón de Guevara, J. Crespo, R. Rivelles (3 edic.)
Gente alegre, por Rosita Moreno, Roberto Rey, Ramón Pereda, etc.
Mar de fondo, por George O'Brien, Marion Lessing, Mona Maris, etc.
La llama sagrada, por Elvira Morla, Martín Garrelaga, Luana Alcañiz, etc.
La ley del harén, por José Mojica, Carmen Larrabetti, etc. (3 ediciones)
La fruta amarga, por Juan de Landa, Virginia Fábregas, etc. (2 ediciones)
Vidas truncadas, por Ann Harding, Clive Brook, Conrad Nagel, etc.
La fiera del mar, por John Barrymore, J. Bennett, etc.
Tabú, interpretada por naturales de las islas donde se desarrolla la acción.
El pasado acusa, por Luana Alcañiz, Barry Norton, etc.
Papá piernas largas, por Janet Gaynor, Warner Baxter, etc.
Trader Horn, por Harry Carey, Duncan Renaldo, Edwina Booth, etc.

¡NOVEDAD! Fotografía en colores de

JOSÉ MOJICA

en papel couché superior y pegada a cartón,
formando así un verdadero cuadro

Pídala a su librero ¡Venta enorme! Precio: 30 cts.

Se está agotando la quinta edición de la nueva
BIOGRAFÍA-INTERVIU de

JOSE MOJICA

Con letra de las canciones: El precio de un beso, Ladrón de amor
y Hay que casar al Príncipe. Precio: 50 cts.

No deje de adquirir:

La Novela Cinematográfica del Hogar

Inmejorables asuntos · 32 páginas de amena y sana literatura
Postal-regalo en bicolor. Precio popular: 30 cts.

Éxito de la colección
de asuntos rusos

EL FILM RUSO

Números publicados: El exprés azul, El batelero del Volga, El
pueblo del pecado, El espía, La danza roja e Iván, el terrible.

Precio: 50 cts.

Coleccione usted la nueva novela

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

Números publicados: ¡Danzad, locos, danzad! y El estudiante
mendigo.

Precio: 50 cts.

NOTA IMPORTANTE: Si le interesa alguna novela y no la en-
cuentra en su quiosco o librería habituales, pídanosla y,
contra remesa de su importe en sellos de correo o giro
postal, según su cuantía, se la enviaremos seguidamente.

Pídanos catálogos de nuestras acreditadas publicaciones

[Handwritten signature]



Precio: UNA peseta